

SECCION DOCTRINAL (1)

VELADA CUARTA.

INTERLOCUTORES.

1.º — G. — Gladiator.

2.º — P. — Prosper.

5.º — C. — Custos.

G.—Preciso es volver sobre el asunto de la velada anterior, pues no parece tan corriente lo que dejamos establecido.

C.—¿Por ventura estábais entre los concurrentes?

G.—No; mas soy interesado, y se me ha referido cuanto allí se habló.

P.—Es de suponer que la referencia sea exacta.

G.—Lo es en tal grado, que bien puede pasar por cronista el relator.

C.—Veamos pues, lo que no parece corriente.

G.—Justamente lo principal en el debate, á saber, el culto de adoracion con que los católicos divinizan á María y á los santos.

C.—No se probará jamás que la Iglesia católica haya rendido culto de verdadera latría, *cultus servitutis Deo supremo Domino debitus*, á la Purísima Virgen, á los ángeles, ni á los santos.

G.—Estamos en lo fuerte de la discusion. En diferentes lugares, con motivo diverso y en varios casos, llamaron los Padres de la Iglesia adoracion al culto con que honraban los cristianos á María y á los santos.

P.—Es exacto; mas tal adoracion no la tomaron jamás en el sentido de latría propiamente dicha, sino en el de

(1) Damos doce páginas de aumento de lectura en el presente cuaderno, despues de las añadidas tambien á los anteriores, á fin de que tengan antes cabida en ellas los interesantes trabajos con que favorecen á esta Revista sus eminentes colaboradores.

veneracion, respeto, sumision y observancia, obsequios que en verdad reclaman los méritos excelentisimos de María, y los esclarecidos de los justos. *Adoratio, submissio- nis et honoris est signum*, decia San Juan Damasceno.

G.—Siendo así, ¿cómo declamó San Epifanio contra los sacrificios que las mujeres sirias ofrecian á la Virgen?

P.—¡Calma! ¡calma! En primer lugar no eran sirias, sino árabes, las famosas sacrificadoras, mujerzuelas inquietas y veleidosas á las cuales aludia San Epifanio, muy acreedoras por cierto á las calificaciones que el Santo les aplicaba. De modo que al mismo tiempo de ser condenada su conducta, lo era tambien el extraño culto con que intentaban honrar á la Virgen Santísima tales *presbiteræ, vel sacrificulæ*, en expresion del B. P. Canisio.

G.—Imitaban á los católicos: seguian ilustres ejemplos.

C.—Estamos al principio de la cuestion. No podian imitar lo que nunca se hizo, ni seguir huellas que no estaban abiertas.

G.—Es menester que no ciegue la pasion de partido.

P.—¡Despacio! No es cuestion de partido; es únicamente un punto de historia íntimamente relacionado con la doctrina católica, con la sagrada liturgia y con las prácticas piadosas.

G.—Precisamente es así. Os condenan á la vez la historia, los cultos y las prácticas idolátricas que observais con raro entusiasmo.

C.—Ni siquiera nos agrada la palabra entusiasmo aplicada al fervor católico.

G.—¡Qué delicadeza! Empleada en honrar solo á Dios, seria de gran provecho para las almas.

P.—¡Verdaderamente que es oponer delicadeza á delicadeza! El honor que solo á Dios se debe, como á Señor de todas las cosas, no impide el culto que se tributa á los justos, á quienes, como á los ángeles, acudimos en busca de proteccion. Llama San Bernardo á los últimos *ac-*

tores et tutores nuestros. Dice que debemos reverenciarlos, quiere les tengamos devoción, y que confiemos en su custodia: nos excita además á que los amemos. *Itaque fratres, affectuosé diligamus Angelos Dei.* In Psal. *Qui habitat.*

C.—Bien considerado el caso, limitanse los argumentos en contra, á simples amagos que favorecidos de la pasión ó novedades toman el carácter de un raciocinio poderoso. Si á esto se añade la libertad descarada de traer y llevar irreverentemente las cosas santas, llega á ser punto de honra acabar con lo que respetaron los siglos.

G.—Pero cuando se quiere establecer la justicia, desterrando abusos no tiene lugar tal reflexión. Teniendo á Dios, ¿qué falta hacen intercesores?

P.—¡Es verdad! Santa Teresa dice lo mismo con su natural gracejo :

Quien á Dios tiene,
Nada le falta:
Solo Dios basta.

Sin embargo, agrada á Dios que le adoremos y ensalcemos en sus hechuras, en sus amigos, en los ángeles y en su Madre Santísima, en términos que toda la gloria de los justos es gloria suya; y por él fueron poderosos en obras y en palabras. El Rey de los siglos inmortal é invisible tiene su corte, sus adoradores, amigos suyos, sus ministros y enviados. Nombre de oficio es el de ángel, y los ángeles sirven á Dios, dador de todo bien y autor de toda gracia, santidad y justicia. Cuando á él acudimos por mediación de sus escogidos, entonces, *Honoramus Sanctos, charitate, non servitute Patriæ, qua Creatori non creaturæ serviendum est.* August. Super Exod. quæst. 60. et Lib. 1 de Trinit. c. 6. Deut. 6 et 10.

G.—Pues que así lo entendeis, ¿cómo explicaríais los sacrificios que vuestra iglesia ofrece á la Virgen, á los án-

geles y á los santos, especialmente en la dedicacion de sus altares y fiestas?

P.—No hay tal ofrecimiento de sacrificios á los bienaventurados que la Santa Iglesia venera en los altares. El sacerdote oferente siempre dice: *Offerimus tibi Domine*; nunca dice: *Offerimus tibi, Deipara*, ni *offerimus vobis, angeli, vel sancti*. De modo que es menester inventar hechos, para atribuir casos de culto idolátrico á la Iglesia. Mas en esto como en todas las cosas graves, se debe proceder con verdadero conocimiento de los asuntos para no incurrir en equivocaciones deplorables. Basta leer los *Devocionarios católicos* aprobados por la Iglesia, para convencerse de que el sacrificio incruento solo se ofrece á Dios; si bien se pide, como dicho está, el auxilio, la intercesion y el favor de los santos. Tambien se pide á todos los fieles que unan sus preces á las del sacerdote. *Multiplicatis intercessoribus Deus bona largitur*.

G.—Nosotros tambien queremos que el pueblo sea sacerdote sin excluir á las mujeres.

C.—¡Nuevo error! La Iglesia católica no hace al pueblo sacerdote, sino que le invita á orar asociando sus deseos, sus votos y plegarias á la intencion del sacerdote, quien á su vez interpreta la de los fieles. En órden á las mujeres, están excluidas del sacerdocio, como del magisterio eclesiástico. Es doctrina del apóstol San Pablo. *Mulieres in ecclesiis taceant.... Si quid autem volunt discere, domi viros suos interrogent*. I ad Cor. XIV, 34 et 35.

G.—Pues qué, ¿no son hijas de Dios?

P.—No dejan de serlo por estar excluidas del sacerdocio y de la predicacion evangélica. Tampoco pierde el derecho de ciudadanía en la vida civil el que, no siendo letrado, está excluido de abogar en los tribunales de justicia. Ni las mujeres quedan deprimidas, porque las leyes no les permitan ejercer la magistratura ni otros cargos públicos. Leyes sábias y muy prudentes excluyeron en

varios tiempos el reinado de las hembras. Mas por cuanto se trata de hacer valer las Santas Escrituras, ellas mismas determinan la aludida exclusion.

C.—El argumento de G. es infortunado. Requiere la formalidad que no se adule al mísero pueblo, fácil de seducir, ni se aliente la vanidad de las mujeres, excitando en ellas un entusiasmo extravagante.

G.—¿Pues no profesan el monacato? ¿Cómo se concilia esto?

C.—Prudente y razonablemente. En la profesion religiosa ofrecen á Dios pobreza, obediencia y castidad. El estado de la perfeccion no dá carácter sacerdotal: esto es propio de la ordenacion, para la cual no es sugeto hábil la mujer.

P.—No se pierda de vista que el sacerdocio es un ministerio: y así como no todos los ciudadanos son ministros de los reyes, tampoco todos los fieles son ministros de Dios. Lo son aquellos que llamados por vocacion especial son ordenados legítimamente, en términos que la sucesion legitima de los ministros de la Religion, envuelve la legitimidad del Apostolado, inconcebible sin mision. *Ite: ecce ego mitto vos*, Luc. X, 3.

C.—Débese atender mucho á la manera comun de hablar, y tambien al lenguaje propio y técnico de las ciencias, si no se ha de confundir lo que se dice de un modo impropio y en forma expansiva con el rigor y propiedad de las voces. Así, cuando se habla, por ejemplo, de adoracion en general, se entiende toda clase de respeto, de veneracion, toda inclinacion de cabeza, en una palabra, las demostraciones reverentes de cualquiera especie; mas cuando se trata de la adoracion extrictamente considerada, solo se entiende del culto exhibido á Dios, como Señor Supremo que es de todo lo creado. Igualmente, al hablar del sacerdocio y de los sacrificios, suele decirse en general y de un modo impropio que el pueblo es sacerdote, por cuanto

en su línea pide, ofrece y se une al oferente en el espíritu de oración; mas en rigor, el sacerdote es quien pide y ofrece, y Jesucristo el principal oferente. *Sacerdos est, ipse offerens, ipse et oblatio. Aug. in. tim. 2. Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis...*, responde el pueblo cuando el ministro de Dios le invita á orar para hacer aceptable el sacrificio. *Orate fratres...*

P.—Así es. También decimos ordinariamente, y de un modo figurado, que el corazón es un altar, donde no deben colocarse ídolos, y llamamos sacrificio, amarguras y pasión, á todo género de sufrimientos. Los fieles, pues, están en el derecho, que por otra parte es un deber, de consagrar á Dios lo bueno que hicieren y lo malo que evitaran, cosas que, en verdad, suelen tener mérito digno de celestial recompensa.

G.—Más que argumentos, valdrian en esta ocasión sentencias tomadas de la Escritura.

C.—Ni aun así oyen la verdad los ánimos preocupados.

*...Malè verum examinat omnis
corruptus iudex.*

Horat. Satyr. Lib. II, satyr. II.

El Apóstol San Pablo es terminante en la materia. Por ventura, ¿son todos Apóstoles? ¿son todos profetas? ¿son todos doctores? I ad Cór. XII, 29.

P.—Nada hay más explícito en las sagradas Letras que la misión del apostolado. Eligió Jesucristo doce, á quienes llamó Apóstoles, los envió á enseñar, á bautizar y á inculcar la observancia de lo que había mandado. San Pablo dice de sí mismo que recibió el ministerio de la palabra para textificar el Evangelio de la gracia de Dios. Predicad á toda criatura, dijo el Salvador á sus discípulos.—Id, yo os envío.—¿Y cómo habian de predicar sin ser enviados? ¿cómo habian de oír las gentes, sino se les hablaba? *Pax vobis. Sicut misit me pater, et ego mitto vos.* Joan. XX, 21.

El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre; os enseñará todas las cosas. San Juan XIV, 26. Está, pues, consignada en las Santas Escrituras la elección y misión especial del apostolado.

C.—Hablan Moises, los profetas, Jesucristo y los Apóstoles, y no los oyen. Habla la Iglesia, y la desprecian. Pues si no oyen estas voces, nada creerán. *Si Moysen et prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.* Luc. XVI, 31.

P.—También dijo Jesucristo, hablando con sus discípulos: «El que os oye, á mí me oye; el que os desprecia, á mí me desprecia... Os envío como corderos entre lobos.— No penseis qué, ni cómo habeis de hablar; el Espíritu Santo hablará en vosotros.» No puede estar más determinado el ministerio de la enseñanza por la predicación, *no interior, ó iluminativa*, sino exterior, pública, animosa. *Quod in aure audistis predicate super tecta.* Hé aquí pruebas exteriores de la misión del apostolado; hé aquí pruebas sensibles de la autoridad; hé aquí una manifestación divina de las ideas eternas en orden al ministerio de los pastores legítimos, con exclusión de interpretaciones caprichosas y de intrusiones violentas.

C.—A fuerza de abogar por las Escrituras se han quedado los reformadores sin espíritu y sin letra. Para ellos parece escrito lo que predijo un profeta. «Todo será para vosotros como un libro sellado. Si lo toma el que sabe leer, y le dicen: Lee. Responderá: no puedo; está sellado. Si se le da al que no sabe leer, diciéndole: Lee, Responderá: no conozco las letras. *Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati, quem cum dederint scienti litteras, dicent: Lege istum: et respondebit: Non possum, signatus est enim. Et dabitur liber nescienti litteras, diceturque ei: Lege: et respondebit: Nescio litteras.* Isai. XXIX, vv. 11 et 12.

P.—Concluamos, por nuestra parte, con una senten-

cia de la Escritura. Fueron rebeldes á la luz, ignoraron sus caminos y no volvieron por sus sendas. *Ipsi fuerunt rebelles lumini, nescierunt vias ejus, nec reversi sunt per semitas ejus.* Job. XXIV, v. 13.

C.—Me ocurre otra sentencia muy al caso. Andan á tientas como en tinieblas, no en luz; van errantes á modo de ébrios. *Palpabunt quasi in tenebris, et non in luce, et errare eos faciet quasi ebrios.* Job. XII, v. 25.

G.—¡Largo sermon! Basta de pesadeces y fanatismo...

P. y C.—¡Ditirambo perfecto! *Comedunt panem impietatis, et vinum iniquitatis bibunt.* Prov. IV, 17. *Iniquitatem in excelso locuti sunt.* Psal. LXXII, 8. Tal aprecio se hace de las Escrituras despues de haberlas invocado por toda ley y creencia.

ANTOLIN, OBISPO DE JAEN.

Dis de Santa Teresa de Jesús, 15 de Octubre de 1874.



LA GRAN CUESTION DE HOY.

MEDITACIONES SOBRE LA CUESTION RELIGIOSA.

SEGUNDA PARTE.—¿CUÁL ES EL ENEMIGO MÁS PELIGROSO DE LA IGLESIA CATÓLICA?

¡Por qué me llamais Maestro, Maestro, y no haceis lo que yo os digo?

(SAN LUCAS, cap. 6.º, v. 46.)

No todo el que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos; ese entrará en el reino de los cielos.

(SAN MATEO, cap. 7.º, v. 21.)

I.

Sabido es, y no há menester demostracion, que el protestantismo rompió con toda la tradicion y con toda la ciencia, tanto eclesiástica como política y social, exaltando la soberbia humana; y que al mismo tiempo de hacer del individualismo la raiz y fun-

damento de todo saber, de todo derecho y deber universal, tanto en lo moral é intelectual, como en lo religioso, hizo de los reyes y príncipes que lo protegieron sumos pontífices. Pues bien; por más que fuera contradictoria esta doble evolucion, no dejaba de ser muy lógica, atendido que el protestantismo favorece la expansion de las pasiones, y que estas obran siempre en sentido favorable al interés personal. Si el interés de los súbditos era la emancipacion individual, ó sea la autonomía personal, el interés de los reyes y príncipes era agregar á su dignidad y poderío de jefes supremos de la nacion el prestigio y la autoridad en las conciencias, inherentes á la supremacía religiosa.

Natural era, pues, que con el halago de tanto engrandecimiento se contagiasen áun aquellos reyes que no se habian declarado francamente protestantes; y así sucedió que de Inglaterra, que se habia hecho toda protestante, de grado ó por fuerza, siguiendo el ejemplo, ó temiendo el castigo de su tirano rey Enrique VIII, cundió el mal á Francia y España. Mons. Gaume, defendiendo al clero de su patria de la responsabilidad que á esta se le imputa de todas las revoluciones que agitan al mundo actual, pues no omitió ningun medio para ponerla en guardia contra la peligrosa vecindad de Albion, previendo los males que causaria el protestantismo á la Francia, y por conducto de esta al mundo entero, dice:

«Es muy cierto que ha sido y es aún la activa mensajera de las doctrinas anti-cristianas y anti-sociales; no pretendemos atenuar sus faltas, hi ménos negarlas; pero mientras esperamos el juicio de Dios, la historia debe retratar á cada cual segun sus obras. Sépase, pues, que no salieron primitivamente de la primogénita de la Iglesia las doctrinas de impiedad y de muerte, y que vinieron de Alemania y especialmente de Inglaterra, porque la seducida Francia no ha hecho más que desarrollarlas y publicarlas. Todo el mundo sabe que los filósofos del siglo pasado iban á Inglaterra á aprender á pensar; y ellos nos trajeron la anglo-manía intelectual, que ha trastornado nuestras ideas, lo mismo que derrocó nuestra fortuna la anglo-manía financiera. Todo el mundo sabe tambien que nuestros filósofos actuales han ido á Inglaterra, á Escocia y á Alemania en busca de sus sistemas de escepticismo y de impiedad.»

Y con añadir que lo que á los franceses les ha sucedido con los ingleses nos ha sucedido á los españoles con la vecindad de la Francia, cuyas modas hemos seguido en todo, queda dicho que el mal protestante es el origen de nuestros males presentes, porque esos filósofos del siglo pasado infiltraron en la sociedad francesa y en los españoles que acudían á París á beber sus inspiraciones el veneno que aquellos habían bebido en Inglaterra. No atacaron de frente al Catolicismo á la manera protestante; pero su soberbia filosófica y su materialismo vergonzante, halagando el poder real de Luis XIV, y sirviéndole como lacayos en sus tendencias á la omnipotencia de su poderío, se hicieron dueños de la direccion de la vida del palacio y de los salones de la aristocracia, y minaron por sus cimientos ambas instituciones, la Iglesia y la potestad real. Solo con este conocimiento de la perversion moral de la sociedad francesa ha de comprenderse el reinado de Luis XIV, con aquella mezcolanza de devocion religiosa, llevada hasta la nimiedad, y de aficion á los placeres de los sentidos, llevados hasta un extremo vergonzoso. Reinaba la soberbia en la cabeza y en los miembros del Estado, aunque en el contradictorio sentido de que ante la soberbia del monarca se humillaban vergonzosamente esos mismos filósofos y sus secuaces, y eran soberbios con el Jefe Supremo de la Iglesia cuando este queria abatir la soberbia del monarca, que intentaba arrogarse las atribuciones del poder eclesiástico, en lo que le ayudaban por espíritu de adulacion de una parte, y por odio al Catolicismo por otra. Triste es ver sobre todo á una porcion del clero dando ayuda á las pretensiones del rey contra su jefe nato, el Pontífice de la Iglesia universal, pero la verdad debe mostrarse para que sirva de leccion y experiencia, y la verdad es que halagando el rey al Parlamento y á los Obispos con el seductor nombre de libertades ó prerogativas de la Iglesia de Francia y de su potestad independiente del Papa, así como á él le obcecaban las adulaciones de los filósofos, unos á otros se perdian halagándose mutuamente en su soberbia.

Así nació el galicanismo, hijo de la soberbia del rey, ayudada por el Parlamento y por los Obispos que suscribieron la famosa declaracion de 1682, contenida en los sabidos cuatro artículos que daban al traste con la supremacía del Papa, y que al

cabo de tiempo hubieran roto enteramente la Iglesia, según el principio de Condé, que afirmaba que el día que el rey se hiciera protestante, le seguirían los Obispos antes que los demás. No veía el rey que aquellos cuatro artículos, aplicados á la soberanía real, sin más que cambiar algunas palabras; podían concluir con el trono, como efectivamente rompieron más tarde la monarquía de Luis XVI; pero suele ser tal el apasionamiento y la soberbia personal, que esta observación la hace precisamente uno de los Obispos más calurosamente galicanos, sin comprender que ella envuelve su propia condenación, porque al sentenciar á favor del rey contra el Papa con esa declaración, que así podía ser poderoso ariete contra su soberanía, firmaba la sentencia de muerte del galicanismo. Afortunadamente, la firmeza del Jefe de la Iglesia Católica pudo más que el empeño de Luis XIV, y la retractación de algunos Obispos y la fidelidad de otros á su Jefe natural, el Obispo de Roma, evitaron que Francia se hiciera protestante.

Otro mal, pero de igual tendencia, había precedido al galicanismo, que propiamente era su hermano legítimo, su hermano primogénito, pues ambos nacieron de la soberbia inspirada por el espíritu protestante que insensiblemente se infiltraba en todos los ánimos respirando aquella atmósfera de perturbador filosofismo. Ese mal era el jansenismo. Nació este de las cuestiones que empezaban á debatirse sobre el punto teológico de la influencia de la gracia divina en las acciones humanas, pero, como dice un escritor bien poco sospechoso para los no católicos (1), los jansenistas, «independientemente de su doctrina sobre el libre arbitrio y sobre la gracia que no era del gusto de todo el mundo, querían reformar la Iglesia y hacer más estrecho el camino del cielo, lo que agradaba menos todavía á una sociedad enervada y amiga del placer» cuya opinión la confirma otro escritor igualmente poco sospechoso, que aquel cita en su ayuda con estas palabras: «*El jansenismo no era sino un protestantismo galicano; una reforma*

(1) Histoire des miraculés et des convulsionnaires de Saint-Médard, précédée de la vie du diacre Páris d'une notice sur Carré de Montgeron et d'un coup-d'œil sur le jansenisme par P. F. Mathieu. membre de plusieurs sociétés Savantes.

católica; en lugar de renovar las ideas del siglo XVI ó de avanzar la gran cruzada del XVIII, los jansenistas construían una Iglesia entre Loyola y Calvino. Pero ha y transacciones imposibles: es preciso ó aceptar ó negar la Iglesia, y debían sucumbir en su tarea.» Y aun hay otro hecho que demuestra mejor todavía que estas autoridades imparciales, el carácter anti-católico del jansenismo. Los jansenistas quisieron justificar su doctrina con los milagros que se obraban en el sepulcro de cierto diácono jansenista llamado Páris, enterrado en el cementerio de *Saint-Medard*, y cuyos ejemplos en grandísimo número los recopiló en tres tomos en folio un entusiasta defensor de la autenticidad de ellos y de la verdad de la doctrina jansenista, un tal Carré de Montgeron: y léese en su obra que muchos de los *convulsionarios*, que eran los actores de esos milagros, se resistían á las prácticas piadosas del Cristianismo, mostrando horror al agua bendita, á los crucifijos y á entrar en los templos, y tratando á la vez de enemigos de la Iglesia á los que rehusaron someterse á la bula del Papa condenatoria del jansenismo, predicando contra la verdad de aquellos milagros, y declamando contra las mismas convulsiones, cuya contradicción explica el bueno de Montgeron diciendo «que los convulsionarios solían ser presa de verdaderas *obsesiones*, algunas de las cuales predecían ellos mismos, indicando los remedios que entonces se debía darles.»

Hay más. Habíanse mezclado en estas cuestiones teológicas, no solamente los hombres de alguna ilustración, sino también las mujeres, ya del estado lego, ya del estado religioso, y á tal punto llegó el exacerbamiento de las polémicas, y tales eran las tendencias anti-sociales que se descubrieron bien pronto en esas sociedades secretas de milagreros y convulsionarios, que el rey hubo de dictar medidas para desbaratarlos, y hasta para suprimir el convento de religiosas de Port-Royal que, según un escritor, eran *puras como ángeles, pero soberbias como demonios*.

En pocas palabras, el carácter especial del galicanismo, como del jansenismo, era la negación de la autoridad Pontificia, la resistencia á sus decisiones, todo en provecho del poder real, al que poco le faltaba para declararse protestante; y lo que se vé en esas humillaciones de una parte del clero de Francia es la continuación de la historia de J. C.—El rey quería ser rey absoluto sin tener

sobre sí ningún otro poder, y los galicanos parodiaban á Pilatos que por mantenerse fiel á la amistad del César sacrificaba á Jesús, con una condenacion injusta, á una muerte no merecida: En todo se vé al racionalismo levantando la cabeza contra el criterio superior de Dios, abrigándose á la sombra del poder humano, para que en su ayuda luchase contra el poder sobrenatural representado por el Catolicismo.

II.

La gravedad de estas cuestiones exige más detenido exámen.

Dice una sentencia popular que *en este mundo nadie sabe para quién trabaja*, y esto sucedia realmente en Francia en las épocas que vamos estudiando. Si alguien sabia para quién trabajaba, eran los filósofos. El rey que se inspiraba en estos, y el clero galicano que se creia protegido por el rey, lo ignoraban. Los filósofos le hacian creer al rey en la cuestion del galicanismo que en la monarquía, ó mejor dicho en él, se habia concentrado la nacion, pues á él habian pasado los poderes de las antiguas asambleas populares, y que en lo temporal no podia tener superior. Este era el gran fundamento de las Regalías de la corona, que hoy mismo se invoca por los regalistas. Y como lo que halaga el amor propio se cree fácilmente, creyó el rey en su omnipotencia, y lógico fué, por tanto, al decir *el Estado soy yo*, sin conocer que en vez de afirmar la monarquía estaba preparando el cadalso de sus sucesores.

El rey creía que con la doctrina galicana aumentaba su poderío, y por consiguiente, la protegía. El clero galicano creía que el rey obraba en favor del mismo, cuando solo procuraba para sí, y por esto se adherían á él, separándose del Papa. ¡Cuántos errores!

Mientras tanto los filósofos debieron reirse, como despues se rió Voltaire, del rey y del clero, que maliciosamente, ó sin saberlo, eran piquetes ó instrumentos de ellos, que se dirigian á matar la Iglesia Católica, y despues toda religion. Oponíase á estos proyectos el que Luis XIV, en medio de sus concupiscencias, no dejaba su fé de católico. Aceptaba aquella filosofia, porque halagaba su sensualismo; pero al mismo tiempo, no solo no dejaba sus prácticas devotas, sino que alguna vez temblaba ante las

advertencias de Massillon que le recordaba que sobre él había un Juez Supremo, á quien debía dar cuenta de su gobierno; escuchaba y se sometía á seguir los consejos de Bossuet, oía y respetaba á Fenelon y se dejaba dominar por la influencia religiosa de la Maintenon. En tal situacion no era posible un ataque de frente al Catolicismo, y por esto se buscaron medios solapados é indirectos de hacerle la guerra. Estos medios eran el jansenismo y el galicanismo, que han vivido hasta el siglo presente, hasta nuestros dias, enemigos fuertes del Catolicismo, tanto más peligrosos, cuanto protestaban, y protestan, que están y quieren vivir dentro de la Iglesia Católica.

Como seguía y sigue en lá Iglesia la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, así como los galicanos hacian de Pilatos en preferir la amistad del César á la del Papa, los jansenistas imitaban á Judas, que con un beso y saludo de *Dios te salve, maestro*, entregaba á Jesús en manos de sus enemigos. Tal es el carácter y el peligro de los galicanos y de los jansenistas: protestar que son católicos, que quieren ser hijos de la Iglesia, pero desobedecerla y resistirla y atacarla en su piedra fundamental.—Jesucristo les decia á los que le oían, pero no le obedecian: «¿por qué me llamais Maestro. Maestro, y no haceis lo que yo os digo?» La Iglesia dice lo mismo á los galicanos y los jansenistas. ¿Qué contestan estos? Lo mismo que aquellos judíos: vuelven la espalda insistiendo en su racionalismo, en su protesta.

Y como por esto mismo son los enemigos más peligrosos del Catolicismo, cual lobos que viven ó quieren vivir en la grey vestidos de corderos, se ha visto Pio IX en la precision de acabar de una vez con tanta hipocresía y perfidia, y por esto se comprende que inspirado estuvo al convocar el Concilio Vaticano, é inspirado tambien éste al declarar dogma la infalibilidad del Pontífice, cuando ex-cátedra define sobre la moral y la fé.

¡Gloria eterna á Pio IX!

Dos hechos sumamente trascendentales para lo futuro surgieron de las polémicas suscitadas con motivo de la declaracion galicana de 1682 y de la condenacion de las doctrinas de Jansenio: 1.º, que el Estado se declaró independiente de la Iglesia en lo temporal, que era lo mismo que sentar el puente para pasar fácilmente á la rivalidad y á la oposicion contra ella, y 2.º, que

nació una vivaz hostilidad á los jesuitas, que eran los que se habian mostrado más decididos campeones de la supremacia del Papa, y los filósofos aprovecharon este incidente para zapar los cimientos del trono de San Pedro, desprestigiando, calumniando y desautorizando la institucion fundada por San Ignacio de Loyola.

Pronto dieron sus maléficós frutos esas dos semillas. El Estado se ha mostrado ya entidad contraria á la Iglesia Católica, y en donde de ella no tiene que absorber, como sucede en Alemania y en Inglaterra, donde los reyes son protestantes y, por consiguiente, pontífices de la secta oficial y se han arrogado todo el poder espiritual, se hacen cruda guerra. Se ha proclamado el Estado libre, como fórmula de la idependencia de las dos potestades, temporal y espiritual; pero no es esta la verdadera cuestion; eso es lo aparente; lo real, es la guerra á la Iglesia, con la superioridad que el Estado se arroga sobre ella. No hay más que poner la atencion en Alemania, donde Bismark hace las más cruel persecucion á todo lo que sea católico; en Italia, donde se ha despojado á Pio IX del patrimonio de San Pedro y se le tiene encerrado en el Vaticano, prodigándole todos los dias y á todas horas insultos y blasfemias; en Francia, que ha renunciado de hecho á llamarse como un dictado de honra, la hija primogénita de la Iglesia; y en España, que siempre se ha preciado de ser católica y hoy proclama el ateismo y prohíbe la enseñanza religiosa en los establecimientos de instruccion pública subvencionados por el Estado.

Durante la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, se le decia al pueblo que pedía su muerte, que no se le hallaba reo de ningun delito, y el pueblo respondia: *«que se le crucifique, porque no queremos que reine sobre nosotros,»* y este era el blanco al que apuntaban los filósofos de los dos últimos siglos. ¡Cosa singular! Para excitar la animosidad de los reyes contra las decisiones pontificias, les decian, halagando su vanidad y su soberbia: que estas eran usurpaciones de su potestad y atentatorias contra su alta dignidad, y para concitarlos contra los jesuitas les decian que estos eran liberales y daban al pueblo derechos contrarios á la potestad real, y hoy se les acusa, para halagar al pueblo, y ganar su ódio contra ellos, de que son los obreros y agentes de todos los despotismos. A cuyos contradictorios cargos se han agregado, entonces como ahora, otros capítulos, tambien contradictorios, de

crimenes sin cuento, y de doctrinas inmorales. No es de este lugar entrar en la refutación de estos cargos, y repitiendo con César Cantú, «que cuando á una persona ó institucion le hacen la guerra hombres y partidos discordes y sin reparar en los medios, puede muy bien decirse que *la causa de esta guerra es enteramente distinta de la que se confiesa*», diremos con Monseñor Gaume que, «la universidad y los jesuitas no son más que palabras que ocultan el pensamiento íntimo del *Verbo divino* y del *Verbo humano*», este es el fondo de las cosas. Por una parte se halla el Cristianismo que quiere salvar dominándole, un mundo que no quiere nada de él, por otra parte está el mundo anticristiano que repite el grito deicida, «*no queremos que reine en nosotros*».—Y por si se nos recusase este testimonio, por ser de un sacerdote católico, añadiremos el siguiente, que es de un poeta y filósofo, alemán, ateo y socialista, que descubre el secreto de aquella guerra ardiente que se suscitó entre la Universidad de París, que como representante del Estado se arrogó la instruccion pública haciendo de ella verdadero monopolio, y los escritores católicos que pedían la libertad de enseñanza, como participantes en igual grado que los demás ciudadanos franceses, del ejercicio de la libertad para todos establecido.

En una correspondencia que dirigió á la *Gaceta de Augsburgo*, desde París en 7 de Junio de 1843, dice así Henri Heine: «El combate contra la Universidad que continúa incesante de parte del clero, así como la vigorosa resistencia de aquella, en la cual se han hecho especialmente notar Michelet y Quinet, ocupa siempre la atención del público. Quizá este interés será pronto absorbido por alguna nueva cuestion de actualidad, pero la disputa en su esencia no se aplacará tan pronto, porque tiene su raíz en una disidencia que data desde hace siglos y que quizás convendría considerar como la razon de todos los trastornos en la vida política de Francia. No se trata aquí ni de jesuitas ni de la libertad de enseñanza: estos dos términos no son más que palabras de orden y de ninguna manera la expresion de lo que las partes beligerantes piensan y quieren. Por ambas partes se enuncia una cosa muy diferente de lo que se quiere, una cosa completamente contraria á la convicción interior. Algunas veces se da sobre el saco, pero con la intencion puesta en el borrico, dice un

viejo proverbio alemán. Tenemos demasiada buena opinión del buen sentido de los profesores de la Universidad para poder admitir que sostengan seriamente una polémica contra el difunto caballero Ignacio de Loyola y contra sus compañeros de ultratumba... El grito de guerra público, está en contradicción contra el pensamiento secreto... La verdadera significación de estas disputas no es otra que la antigua oposición de la filosofía y la religión, entre el libre exámen de la razón y la creencia en la revelación divina, oposición que guiada por los hombres de la ciencia, fermentaba constantemente, lo mismo en la nobleza que en la clase media; y que salió victoriosa el año 90.—Sí; con harta frecuencia muchos actores que sobrevivieron á esa tragedia del Estado francés, políticos del porvenir más vivaces, han dejado escapar la confesión de que en resumidas cuentas, la revolución francesa no había procedido sino del ódio contra la Iglesia, y que se había destruido el trono porque protegía al altar. Alguno ha dicho, en mi presencia, que en su concepto la monarquía constitucional hubiera podido establecerse con Luis XVI, pero se temía que el rey ortodoxo no pudiese permanecer fiel á la nueva constitución por piadosos escrúpulos de conciencia; se temía que sus ambiciones religiosas le ganasen el corazón más que sus intereses mundanos. Luis XVI vino á ser la víctima de esta preocupación, de esta sospecha. Era sospechoso, hé aquí el crimen que en aquella época de terror se castigaba de muerte.

Por más que Napoleón hubiese restablecido y favorecido á la Iglesia «su voluntad orgullosa y altiva, decía, era sin embargo considerada como garantía suficiente de que el clero no podría en su reinado llegar á pretender mucho, y ménos á dominar, pues lo refrenaba tanto como nosotros, y sus granaderos que marchaban fusil en mano en la procesión, parecían, más que guardia de honor, escolta de la cautividad de la Religión. Que el poderoso César quería reinar solo con su cetro de hierro sin partir ni con el cielo su poder, lo sabía todo el mundo.»—A continuación de esto seguía diciendo que «en tiempo de Luis XVIII no se revolucionó la Francia, porque era este considerado tan mal católico que no arriesgaría la corona y la cabeza para ganar el cielo: que por el contrario, fué derribado Carlos X á pesar de merecer la más alta estima personalmente, porque era sospechoso de ser honrado y ca-

balleroso defensor de la Iglesia contra Satan y contra los revolucionarios gentiles; y que sus descendientes no pueden arribar al trono por idéntica sospecha, al contrario que la dinastía de Julio que se ha aumentado con la filosofía liberal del siglo xviii y finalmente, que el combate contra la Iglesia conservará sin embargo gran significacion política, hasta el punto de que á la menor señal de importancia que el clero adquiriera, y la menor muestra que dé de adquirir alguna prosperidad, el liberalismo, que vive en continuo alerta, dará un grito de alarma, lo mismo que lo dá en las Universidades alemanas, y aparecerán las luces en todas las ventanas, y viejos y jóvenes todos armados correrán contra él,» y luego añade: «somos bastante imparciales para no atribuir sus excesos públicos y privados á secretas y mezquinas instigaciones de la ambicion, sino á los desinteresados cuidados por la salud espiritual del pueblo. La educacion de la juventud es el medio más prudente para avanzar con fruto hácia ese sagrado fin; y como haya hecho en ese camino progresos increíbles, ha debido necesariamente entrar en colision con la Universidad...» El combate con la Universidad no era pues una escaramuza casual: debia estallar más ó ménos tarde; la resistencia era igualmente un acto de necesidad, y de buena ó mala gana la Universidad se veia obligada á recoger el guante. Pero bien pronto los más moderados sintieron hervir la sangre y subírseles á la cabeza; y así se vió que Michelet, el dulce y apacible Michelet, este hombre de carácter plácido como un rayo de luna, se volvió furioso repentinamente y lanzó ante el público auditorio del Colegio de Francia, estas palabras contra el clero: «Por arrojaros, hemos destronado una dinastía, y si es menester, destronaremos seis por lograrlo.»

Por lo demás, hacen bastante justicia á los jesuitas, afirmando que han sido ejecutados, y no juzgados, y que tiempo vendrá en que con más imparcialidad se reconozcan sus méritos, sobre lo que aun ahora mismo se ven obligados á convenir en que por obra de sus misioneros esparcidos por todo el globo, han hecho avanzar incalculablemente la moralizacion del mundo, la civilizacion general, y además han sido saludable triaca contra los miasmas deletéreos de Port-Royal.

Hé aquí la verdad, dicha por un testigo imparcial. Verdaderamente no nos extraña oírlo de su boca; porque no comprende-

mos que un verdadero liberal y demócrata, se ponga por el lado de los galicanos y jansenistas y de los protestantes, negadores de la libertad moral del hombre, y de los fautores de los despotismos, contra la libertad política de los Santos Padres, de jesuitas ilustres, y de hombres como Santo Tomás, Massillon y Fenelon.—Decir como ha dicho Emilio Castelar: «que una libertad coronada con el derecho divino es un escarnio,» es no entender el sentido del derecho divino. Mas en lógica está el Sr. D. Eugenio García Ruiz que dice al final de su libro «Dios y el hombre» estas dignas palabras:

«¿Y que tiene que ver Dios con este mundo? me dirán acaso los incrédulos ó *despreocupados*. Decid lo que queráis, le contostaría yo, blasfemad, lucíos, acreditao de que sois filósofos, sobre todo filósofos alemanes, negad á Dios; haceos vosotros dioses, creadores del Universo, de todo cuanto existe, de todo cuanto queráis y podais imaginar. Pero yo, que amo la libertad con delirio, yo, que no cedo, porque no debo, ni puedo, ni quiero ceder á nadie en el amor acendrado y purísimo que la profeso, declaro aquí de nuevo y muy alto:

»Sin Dios no quiero la libertad con que me brindais; os la arrojó á la cara, y con tanta fé digo esto, que si llegase el caso (que no llegará) me saldria de vuestra propiedad, por no probar esa vuestra nueva libertad, negadora de Dios. ¿Para qué quiero así esa libertad? ¿Para que me la quiteis al siguiente día de dár-mela con vuestro sufragio universal, omnipotente, con vuestra soberanía nacional, no sujeta á la soberanía de la justicia, esto es, con vuestro Dios, llamado *soberanía nacional*, ó con vuestra personalidad aislada, esa especie de Dios, negadores de la justicia divina, y por consiguiente de la humana; porque negado Dios y asentando la justicia en el hombre, la sociedad está por tanto facultada para arrebatárles sus derechos, so pretesto del bien público? Guardadla para vosotros. La humanidad, cuando intenteis propinarle esa libertad tristísima, os la regalará de buen grado con vuestras poderosas lógicas, vuestras metafísicas profundas, vuestras filosofías elevadas y sublimes: os la devolverá con el más soberano y justo desprecio.

»Pero, ¡cuán insensatos sois! Idead una época en que desaparezca la idea de Dios; suponed, que ya los pueblos envenenados con vuestras orgullosas teorías creen que Dios es un mito ó una

invencion sacerdotal, que todo lo existente es debido al acaso, que todo lo admirable y armónico de la creacion que ofusca por doquiera nuestra vista y deleita nuestro ánimo, es producto de la inarmónica y triste casualidad, ¡qué juzgais que sucederia entonces? ¡presumis que habriais llevado con eso la libertad á los pueblos y con ella la dicha? ¡Error funesto! ¡Presuncion abominable! Lo que le llevareis con vuestro excepticismo desconsolador, con vuestro ateismo mortal, seria la más horrible infelicidad: entonces la humanidad no querria existir, le pesaria de ser, maldeciria (no lo dudeis ni un instante) de hallarse sobre la haz de la tierra.»

Reasumiendo lo dicho, queda demostrado que todas las revoluciones modernas aspiran á mantener su principio y desarrollar en sus varias aplicaciones el *derecho humano*, independiente de la idea de Dios, proclamado por el ateismo de la Francia de 1793 contra el derecho divino, y á obtener este resultado, se dirigen todas las persecuciones contra el Catolicismo en su cabeza y en sus miembros y en sus formas de realizacion positiva, en nombre de una libertad que no viene ni puede venir de una ciencia materialista, de una igualdad que choca con la desigualdad de la naturaleza y de una fraternidad de Cain y Abel, como dice una *Revista contemporánea*, por más que por no dar de frente con la tradicion y con los sentimientos de los católicos, se aparente respeto á la religion y que no es ella el blanco de sus tiros.

Sí; el enemigo del Catolicismo, que por lo mismo lo es tambien de la sociedad, es uno solo, la revolucion; pero ella asume todas las heregías religiosas y todos los sistemas filosófico-socialistas y comunistas, y viene obrando en misteriosas sociedades, cuando no puede presentarse á la faz del público tal cual es, ó bien disfrazada con caretas diferentes; y la revolucion, ya lo ha dicho ella misma por boca de la Internacional, es atea en religion, anárquica en política y comunista en lo social.

No es lugar este para hacer la historia completa de la revolucion; pero lo primero ha quedado demostrado antes con la cita de Mr. Lamartine, y es demasiado sabido ya, y lo segundo está rebosando del exámen que hemos hecho del galicanismo y del jansenismo. Poco más bastará para completar este cuadro.

(*Se continuará.*)

RAMON MARÍA DE ARAÚZTEGUI.



A ESCRIBIR VOY.

Aunque, hace ya tiempo, me hallo curado, ó cuando ménos muy aliviado de la manía de escribir, que, siendo con la honra y el provecho que yo lo hacia, era la más ociosa y pueril tarea del mundo, me ocurren á las veces algunas ideas, que sentiría quedasen borradas y perdidas de todo punto y para siempre. Ayer se me presentaba con alguna viveza, todavía, la de que todos gastamos una gran parte de nuestros pensamientos, imaginaciones, y no hay que decir palabras, en arreglar la conducta de los demás, en juzgarla, en censurarla, en tener determinado y resuelto lo que haríamos si fuésemos otra cosa de lo que somos, lo contrario de lo que somos. «¡Si yo fuera rico!...» Siendo muy de notar que estas nuestras ficciones y especulaciones se dirigen siempre hácia arriba, á esferas más altas que la nuestra; hasta poderse considerar improbable y casi inaudito sorprender á nadie diciendo: «¡Si yo fuera pobre; si yo fuera soldado raso!...» y cosas así. Y digo yo: ¿será posible que hayamos todos nacido aquí para cosas grandes, para directores y caudillos, ninguno para ejecutar ni obedecer?—Si en este enjambre todos somos reinas, ¿quién hará miel y fabricará el panal?—Añádese, pensaba despues, que de esa universal manía procede, por una parte, el continuo profundo descontento, y por otra, la prevencion, la envidia á los que en realidad se hallan en la posición á que nosotros no llegamos más que en sueños. Porque como todos sabemos muy bien lo que deberíamos hacer siendo ricos y gobernantes; y los que lo son no hacen semejante cosa, dicho se está que los hemos de juzgar dura, desapiadadamente.—Ahora, como si dedicásemos nuestros ocios á discurrir lo que deberíamos hacer, siendo lo que somos ó ménos todavía de lo que somos, resultaría bien meditado y preparado todo, lo práctico, lo cotidiano, lo efectivo: vengo yo á parar en que gran parte del desconcierto con que procedemos, cada uno en su esfera, proviene de este cuidarse de lo que haríamos *si fuéramos*, en vez de pensar sin cesar en lo que nos conviene hacer *siendo*, ni más ni ménos que lo que somos.

La cuestion, para mi propósito, se reduce á decidir si esta idea tan sencilla y trivial merece desarrollarse y amplificarse; si como apólogo ó fábula, si como artículo ó ensayo, y si deberá tener una ó dos partes. Si bastará intitular esta cosa: *¡Si yo fuera rico!...* ó convendrá completarla añadiendo, como segunda parte: *¡Si yo fuera pobre!...*

Si no estoy mucho para escribir, nada estoy para versos: con que prosa.—Ensayos morales hay tantos y tan buenos, y han engendrado entre todos ellos tan poco aumento de moralidad... Luego, que de cien lectores, los noventa y nueve dejan de serlo tan pronto como se cercioran de que de ensayo moral se trata... Este sería un chasco: ¿qué hacer?—Cuadritos *de género* algun tanto dramatizados... Esto puede tener algun despacho, y aunque escasa é imperfecta ser de alguna utilidad. Probemos: esta vez, contra mi costumbre; no me llega la camisa al cuerpo; tomo la pluma, ya reseca y oxidada de puro abandonada, y lá tomo con un fatal presentimiento de que la voy á dedicar á producir una fria laboriosa vulgaridad. ¡Vulgaridad! palabra no tan humilde como parece, ni tan merecedora de menosprecio como está siendo. Porque para las cuestiones verdaderamente prácticas, el buen sentido, gracias á Dios, es vulgar, comunísimo, casi universal; al paso que en cuanto á paradojas, errores, imposibles y desatinos, el *mal sentido* es más escaso y se ejerce y aplica con dificultad, con trabajo y hasta con repugnancia al principio. Por donde aparece, que más noble es y más vale una bien intencionada trivialidad, que cien paradojas, que rara vez ó nunca proceden de buena intencion.

Pocos escritores, ninguno acaso, han comunicado al público los secretos, los misterios, los procedimientos peculiares de su género de composicion. Grado de franqueza es este, que no se sabe cómo sería recibido. Porque á *muy poco trato mucha franqueza*, tiénese como cosa ordinaria; fuera de que va mucha diferencia entre comerciar en manufacturas hechas y escribir tratados sobre el método de fabricarlas. Pues, á pesar de todo eso, no lo puedo remediar: convidó gente á ver cómo pinto, en lo que cabe cierto grado de recreo, seguro de que la mayor parte de los concurrentes nó se esperarán hasta ver el efecto del cuadro; pero otros vendrán más tarde y cuando el cuadro esté ya hecho, y

puede que se dignen mirarle con alguna atencion, y un átomo siquiera de complacencia.

¡SI YO FUESE RICO!...

Pobremente lo pasaba Gregorio: sus necesidades cuando más y cuando mejor alcanzaban algun socorro con que mantenerse vivas y volver á pedirlo; remedio jamás. Pan de que nunca estuvo hartó; vestido y calzado que jamás le cubrieron y abrigaron las carnes del todo, sino que algo habian de mostrar descubierto, unas veces las rodillas, otras los codos, otras los talones; y aun aquello poco que abrigaban y cubrian, era como de despedida, para salir del dia, protestando ausentarse mañana.... «Y el mundo continúa exigiéndome decencia» decia el infeliz, «y cuando me veo amenazado de perderla, no hago más que trasladar los rotos más arriba ó más abajo, para que no afecten á alguna parte más ó ménos noble.... ¡Mundo, mundo, sociedad, sociedad, dame lienzo si quieres decencia!» ¡Morada?.... dichosas las largatijas y las lombrices!—¿Lecho? no sé que parte de la tierra es mia ni para dormir ni para morir: siempre encuentro alguno que me grite que le estorbo, que le usurpo.—¿Vino? apenas lo pruebo y siempre me hace daño, como que siempre cae sobre el vacío del hambre.—¿Tabaco? me gusta, pero nunca he fumado sino lo que ya han fumado y despreciado otros.—¿Mujer? á ninguna he querido tan mal que haya llegado á convidarla con la mitad de mi miseria: comprendo que ha de ser la última desesperacion eso de querer, amar, y ver perecer y no poder remediar.—¿Hijos? ténganlos tan solo los poderosos, y gócese en tenerlos.—Para mí todo es lujo: algunas veces tengo escrúpulo de haber mirado al campo y sus maravillas, ó al cielo y sus glorias.—¿Amistad, relacion, trato, comunicacion con los hombres? repugno, prevengo mal, hago nacer desconfianzas, temores.... y es justo: el que de todo carece, algo ha de estar apeteciendo siempre, y no le ha de arsuista mucho la idea de la reclusion, del castigo, y ménos la de la vergüenza.»

Poco dista de la desesperacion tan miserable estado. Debe ser cuidado de la Sociedad el evitar que ningun hombre inocente llegue á caer tan abajo. Muchos siglos lo ha sido y está siendo de la

Religion y de la caridad; solo que estas salen al encuentro á consolar, á suavizar el corazón del inocente y del que no lo es.

Gregorio era jóven, robusto y buen oficial de carpintero. Hubo un tiempo en que trabajaba y vivía bien. Su comida, su vestido, su albergue y su lecho eran regulares; bueno todo en su clase. Bebia y fumaba moderadamente; no le faltaban amigos, es decir, compañeros de esos que se reúnen á beber y á fumar juntos; y más de una muchacha al verle, ponía cara de no poner mala cara á poco que él se explicase. Veía de continuo mejores cosas de comer, de beber, de vestir, de fumar, que las que estaban á su alcance; y todas las deseaba, y mejores todavía, y casi infinitamente ricas y lujosas. Y este deseo creció de dia en dia, y paró en tema y luego en manía, que no le dejaba tranquilidad para nada. «¡Si yo fuera rico, muy rico!» Y pasaba los dias y las noches, dándole vueltas y amplificando esta idea; y parecía mal todo lo que poseía, y despreciaba el trabajo porque no le proporcionaba más que aquello; y adelantaba en pobreza cuanto más apetecía riqueza.

«Si yo fuera muy rico, vamos á ver qué haría. Por de contado casa grande y de mucho lujo en muebles y colgaduras, y pinturas y dorados. Había de averiguar quien la tenía mejor en Madrid, para tenerla yo mejor que la suya. Pero como esto al cabo exige atenciones y cuidados, por supuesto, que tendría mayordomo que arreglara todo esto, con la sola condicion de que lo mio fuese lo mejor siempre, y para no ocuparme en cuentas, ni desazonarme si no eran muy claras, otro mayordomo contador que se entendiese con el administrador.—¿Y si se *entendian* ambos, y me engañaban y trabajaban á medias?—Sorprenderlos, descubrirlos y luego perderlos, poniéndolos en un presidio, valiéndome del influjo de mis riquezas.—Mesa..... ¿qué es mejor, comer solo ó en compañía?—Las más veces sin testigos, que así se come más y sin ceremonias.—Bebida..... ¡cuántas veces me había de quejar de los estrechos límites de la capacidad humana! ¿De qué le sirve á uno tener una bien provista bodega, si no ha de poder pasar de una botella, sin peligro y sin escándalo? Venimos á parar en que la riqueza poco añade, en cuanto al uso y la comodidad del que la posee; y que casi toda se vierte, se malgasta y se comunica á otros.—Vestidos..... de una vez no he de poder llevar más de

uno; y eso de mudarse cada dos horas, es más tarea y afán que placer.—Juego..... Por puro pasatiempo, jugar no es jugar: el que tanto tiene que nada le importa perder, y nada le alegra ganar, no conoce el interés ni la gracia de jugar.—Vida..... mucha cama, buena mesa, poco ejercicio, ninguna ocupación precisa, algunas voluntarias pero ligeras.—Sí, pero la gota y el tédio.—Compañeros son estos de la riqueza, tomándola como yo digo. Pues bien: algún ejercicio á caballo, algunos días de caza, y acaso una querida, muy hermosa, muy amable, muy alegre..... Cuidado, Gregorio, que el guardarla, siendo así, te había de dar peores ratos que el tédio.—¿Me casaré?—No por cierto: el que se casa no puede vivir á su modo, tiene que vivir al modo de..... y yo quiero libertad.—Amigos..... Los de ahora son muy groseros, y serían muy pedigüeños; y yo quiero ser rico para mí, no para los demás.—Lo peor es—¿quién lo diría?—que esto de saber ser rico necesita mucho aprendizaje. Yo no sabría evitar la ridiculez de casi todos mis pasos; para eso ni tengo, ni basta despejo; pero tégolo que sobra para conocer cuando he incurrido en ella, y muchas veces me estremece la duda de si habré pecado.—Así no se habla; así no se anda; así no se bosteza; así no se estornuda; así no se masca; así no se sorbe; así no se saluda; así no se rasca uno; así no se escupe; así no se viste..... ¿Vestir?—Tengo para mí que solo para no desacreditarse en este punto, á no haber nacido entre ello, se necesitan años y más años de atención, de observación y de práctica..... ¡Qué diantre! ya me voy cansando.—Pues esto no es nada, comparado con lo que se exigirá en punto á instrucción, conocimientos, pulimentos y refinamientos.

¿Y la zozobra con que se poseerá lo que á todas horas se puede perder, guárdese ó no se guarde?—Tierras: ¡la sequía, la langosta, la contribución, pleitos, qué se yo!—Casas..... préstamos..... rentas..... papeles..... ¿Y era yo el que me proponía dormir mucho?.....

Yo leo, pero despacio; y tanto atiendo á las letras y á las palabras, que las más veces no comprendo casi nada á la primera lectura, que es como prueba, ensayo para descifrar; y á la segunda y tercera es cuando voy comprendiendo el juego de unas palabras con otras, es decir el sentido. Todavía en cada renglón, y aún más á menudo, tropiezo con algún revesado término que lo

echa todo á perder y me deja en ayunas..... y eso que ya me han explicado algunos. Pues en cuanto á escribir..... despues de mil esfuerzos, mucho más que para aserrar un tablon, logro poner *Gregorio GosaLe* y una bonita rúbrica..... Pero me salen tan gordas que necesitan media plana; y no sé por qué, pero no hay ejemplo de que un *Señor* haya visto mi firma sin entrárle un como ataque de alegría convulsiva.—De cuentas estoy algo mejor, porque sumo números *dominados* ó endemoniados, y calculo bastante bien por aproximacion los quebrados, y no yerro nunca más que en algunos pocos maravedís. Vamos, lo conozco, era indispensable; dar un repasito á todo esto, para no hacer muy mal papel. Es decir, que á la escuela otra vez, y ya está Gregorio duro para..... Amen de esto dicen que hay muchas otras cosas que saber: montar, *cochear*, tirar la pistola, y al florete, esto en lo material, que en cosas de estudios, según oia yo á los hijos del maestro, mete miedo lo que hay que saber: solo para los nombres no basta una cabeza regular.

Vengo á parar en que habria de contentarme con ser un rico oscuro, vergonzante, aburrido. Con los ricos no, porque se morfarian de mí; con los pobres ménos, porque me explotarian. Adios, ilusiones, y sueños y delirios!

Observo que muchos de esos ricos antiguos, ya que no tanto como deberian, pues deberian hasta igualarse con nosotros, ello es que dan, y algunos mucho, y alguno muchísimo, y uno que yo sé, casi todo. ¡Cómo se conoce que no han visto la cara á la miseria! Yo tengo mi filosofia: cada uno para sí. ¡Quién me saca á mí de hambre y de andrajos?—«Pues en llegando á rico, que nadie me pida ni me importune.»

YA SOY RICO.

Gregorio, que miraba mucho al suelo, porque desde una cuarta más arriba no encontraba nunca más que desengaños ó afrentas, reparó cierta mañana en un papelito doblado, y lo alzó por si servia para envolver el tabaco y hacer un tosco cigarro. Era un billete de lotería, mal digo, cuatro octavos. Tentado estuvo de rasgarlo y arrojarlo, y hasta se irritó al reparar que aquellos garabatos habian costado 25 duros. ¡Cuántos no tendrá el que así se juega ese dineral?—Leyó y releyó y le entró sospecha de que

no era de un sorteo atrasado, sino del próximo... Dudó si venderlo con rebaja; pero temió entrar en cuestiones, llamando la atención del que lo perdió. Huyó de aquellos contornos; trasladose al punto opuesto de Madrid; escondió aquello; y antes de poder vencer su indecision llegó el sorteo, y los chicos, y los no chicos pregonaban ya *La lista grande*. Dichoso el que poseyese dos cuartos para comprarla, y luego inteligencia para comprenderla. Para no hacerse sospechoso copió el número con un pedacillo de lapiz, guardando el billete en lo más reservado de sus andrajos; y llegándose á la primera Lotería preguntó tímidamente si aquel número que mostraba habia salido premiado. — «¿Tiene V. ese billete ó alguna parte de él?» fué la respuesta del lotero. — «Es un encargo, cosa de pura curiosidad» contestó Gregorio; y á esto el lotero: «cien mil duros han tocado á ese número, á 12.500 duros cada octavo..... ¿conoce V. al tenedor de alguno?» — «Yo no conozco tenedores, ni los de mesa.....» dijo Gregorio, dándose prisa á retirarse.

No es del caso referir las zozobras que asaltaron al ya propuesto para rico, ni las astucias de que hubo de valerse, ni las mentiras que inventó para desenredarse de las muchas precauciones que tendria tomadas el verdadero dueño de aquel tesoro. Baste indicar que de todo triunfó, hasta llegar al deseado temido punto de cobrar los 50.000 duros, que la caprichosa fortuna acababa de regalarle. — Llegóse, lleno de zozobra, cargó con un legajo enorme de billetes de Bancó, que ni quiso ni hubiera sabido contar; y sordo á las insinuaciones del lotero sobre que le hiciese partícipe de alguna pequeña porcion de tanta fortuna: «tomá, que lo gane, yo no descabalo el millon;» salió con más sobresalto que si hubiera hurtado el dinero. — «Yo no descabalo el millon;» tal era la idea dominante; y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el cansancio bastaron para hacerle cambiar de propósito.

ALIANZA DE UN RICO NUEVO CON UN POBRE ANTIGUO.

Era mediodia; sin alimento veinticuatro horas habia, sin crédito ni para un buñuelo y un trago de aguardiente, estaba muy cerca de caer rendido, cargado con tanta riqueza, cuando tropezó con un *perdido*, objeto de desprecio hasta para Gregorio, hombre que habia sido bien nacido y educado, y fino y rico, perdiendo

con los vicios todas estas ventajas, casi hasta la primera, y cayendo en la última miseria y abyección. No siempre se saludaban, porque entre mendigos no se pierde en eso el tiempo, á no haber con hacerlo esperanza de algun provecho. — «Juanillo ! le dijo, detente, que tenemos que hablar.» — «De valde, ni eso;» contestó *el perdido*, entablándose en seguida el siguiente diálogo entre los dos:

Gregorio. — Por hoy, ya lo ves, solo traigo esperanzas.

Juanillo. — De eso voy yo cargado, y perezco.

Gregorio. — Es que las mías prometen realizarse en breve.

Juanillo. — Pues, adios, hasta *en breve*.

Gregorio. — Escucha: espero hoy algun socorrillo, y *en breve* acaso toda una fortuna. Y quiero que hablemos para que me enseñes á ser rico.

Juanillo. — Métodos seguros para dejarlo de ser, conozco varios...

Gregorio. — No es eso; deseo saber cómo se pasa suavemente de pordiosero á capitalista, sin que choque; y desempeñando con tanta propiedad este último papel, como he sabido desempeñar...

Aquí una pesada mano que se posó en el hombro izquierdo de Gregorio cortó sus razones, interrumpiendo la plática. Era un *Orden Público*, que le intimaba le siguiese, ya se puede imaginar que con direccion á San Bernardino. Contratiempo mayor no podia imaginarse, porque si le sorprendian cargado de billetes de Banco y en hábito de mendigo, la causa estaba hecha, y la perdicion era segura. — «Yo soy un caballero, y si lo dice usted por estos andrajos, eso prueba que no gasto, no que no tengo.» Y haciendo señas á Juanillo para que le siguiese, entráronse en una ropería que muy á mano y á punto se les ofreció, con grande sorpresa del de policía. Lo que allí pasó es de inferir, por el siguiente resultado. Un cuarto de hora despues salieron los dos regularmente vestidos, ménos el calzado y el sombrero, que grandemente desdecia de lo flamante del trage. — «Vamos á ver, ¿qué tiene Vd. que censurar ahora?» dijo Gregorio al de *El Orden*; el que asombrado, entró á preguntar al ropero si habian pagado las ropas aquellos hombres; y oyendo que puntualmente y sin regateo, partió en busca de otro *desorden*, pues aquel ya que-

daba tan bien remediado. Proveyéronse los otros de sombreros y calzado á poco; y luego se dirigieron á una taberna-cervecería á remediar el hambre y la sed, y á conferenciar al mismo tiempo. Ya estaba descabalado el millon, aunque Juanillo no habia visto más que un billete, y cómo lo cambiaba y devolvía el ropero el sobrante.

No hay que imaginar que muy tranquila y agradable fuese aquella colacion entre los dos. Ciertos hombres están engañando ó proponiéndose engañar siempre y sin descanso; y de este número eran Gregorio y Juanillo. Gregorio se proponía sacar con el menor gasto posible el secreto de cómo se pasa repentinamente de mendigo á caballero, se supone que sin dejar comprender que era llegado ya el caso, y que la variacion de fortuna fuese cosa hecha y consumada; y con un traje nuevo y un almuerzo-comida pensaba despachar á Juan, más que pagado. El otro veía y tocaba las pruebas prácticas de esa mudanza de fortuna, y era demasiado listo para creer que como preparacion de una futura herencia se hiciesen ya gastos de tanta consideracion, y se tuviese aquella impaciencia por aprender y enterarse del modo de portarse los ricos, sin más seguridad de serlo, sin serlo ya en la actualidad. El cambio de un billete de 4.000 rs. (nada ménos) habia hecho abrir desmesuradamente los ojos á su codicia; y cierto bulto cuidadosamente reservado en el seno de su compañero, y que prometía ser acaso más rico y codiciable que el oro, traíale desasosegado, y decidido á no dejar perder aquella extraña ocasion, ni desperdiciar el lance, antes bien aprovecharle, fuese como fuese y sin escrúpulo ni miramiento alguno, Gregorio, por su parte, leía todos estos proyectos en lo interior de Juanillo, y renegaba ya de la hora en que tan sin necesidad habia buscado compañero. Poco atendian á la comida ni á la bebida el uno ni el otro; á pesar de la extremada necesidad de sus estómagos; y más de una vez el vaso sirvió de disimulado antejo para observar en sus gestos y movimientos la intencion del temible asociado. Instaba Juan más de lo regular á Gregorio á que bebiese, y proponía el aguardiente como mucho más tónico que la cerveza y el vino; y llegó el caso hasta de fingir un raptó de agradecimiento y afecto, arrojándose á dar á Gregorio un intempestivo apretado abrazo, por ver si lograba apoderarse de aquel misterioso bulto, que ave-

riguó ser como legajo, en el ancho bolsillo del pecho de su amigo. Ni la violencia habria omitido á no ser porque el lugar era público, y porque Gregorio, que no era hombre que se dejaba fácilmente sorprender, no soltaba de la mano el cuchillo de la mesa, fingiendo estar muy entretenido haciendo laborcitas en el grosero mantel. Pero llegado lo del abrazo desapareció todo disimulo, y prorrumpió en estas palabras: «Lo que estás pensando y proyectando lo sé como si me lo dijeras; esto puede parar en mal, y confieso mi torpeza en haberme confiado contigo: separémonos; bastante llevas con el traje y lo comido y bebido ó podido comer y beber. Juanillo, separémonos, que sino vamos á perdernos los dos sin provecho más que de la señora justicia.»—A lo que Juanillo: «Necio eres si imaginas que me he de contentar con tan poco. Eso que tienes y llevas y me ocultas lo hemos de partir entre los dos, sea lo que fuere. Peor será que, desesperado, te delate y acuse de repentina y sospechosamente rico. Con que.... decídete y acabemos, que tampoco estoy yo aquí á gusto.»—Echó sus cuentas en pocos momentos, y tomó su partido prudentemente Gregorio. «Mira, le dijo, yo me rio de tus amenazas; si me quieres atascar, el primero serás tú en quedar atascado, y no creo te apetezca ni la casa triste, ni el trato con la justicia. Anda con Dios; bien vestido vas, y además te doy estos cinco duros, y no has perdido el dia. Si no te acomoda, tómalo por donde quieras.»—No me doy tan barato, repuso Juanillo. De aquí he de sacar con que volverme á presentar decentemente á mis antiguos amigos, y alternar en el juego y en todo lo demás.....»—Quinientos y no hablemos más, contestó Gregorio.—Mil, y quedamos amigos, Juanillo.—Negocio hecho; y diéronse las manos.—A esto, de acuerdo, en lo que cabia, volviéronse á sentar, y se pusieron esta vez á comer y beber con alguna más tranquilidad y confianza.

CONSEJOS AL PASAR UN POBRE Á SER RICO DE REPENTE.

Gregorio.—Cara me cuesta la leccion, bien lo ves, por muy interesante que sea. Dime, pues, qué tengo de hacer para des-
empeñar tal cual el papel de rico, digo, si llega el caso de serlo.

Juan.—Dejémonos de mentiras inútiles; bien que entre nosotros, conforme van las cosas, no hay que esperar palabra de

verdad. Tú eres ya rico, y nadie te pregunta cuánto ni cómo. Lo contrario de lo que yo hice al pasar y para pasar á mendigo de hombre acomodado que era antes de mi ruina, eso es precisamente lo que has de hacer. Lo primero es buscar donde depositar tu riqueza con alguna seguridad. Los que llaman hombres honrados, porque á competencia se dedican á honrarlos todos los demás, hacen eso con mucha facilidad. Nosotros no conocemos más que *perdidos*, que no piensan más que en engañar; como que de eso vivi..... viven.—Pero no quiero hablar de eso, porque comprendo que naturalmente harías todo lo contrario de lo que te propusiese. Lo primero, pues, es tratar de borrar esa corteza, ese triste paño, inequívoco, y que como uniforme llevamos en la cara todos los mendigos, y ese olor á pordiosero que un práctico no equivoca con ningun otro olor. Mira, compra tres ó cuatro camisas, y algun peine y cepillo para el pelo, con algun frasquito de aceite de olor, y algun jabon tambien. Entrate en la primera casa de baños, y date uno muy largo y aprovechado, y lávate todo; luego péinate mucho, mucho, y empapa bien el pelo con el aceite de olor. Al salir, compra una petaca y una de esas trompetillas grandes de fumar puros, y una docena de estos, de los buenos que hay en el café, y pásate muy erguido echando humo y desperdiciando tabaco.—Pero escucha, vengan los mil convenidos si he de proseguir, que tú eres hombre de irme sacando los secretos y luego negarme lo convenido.

Gregorio.—¡Buena tontería! toma ciento, que no lo vale lo que llevas dicho, y tú eres hombre de cortar la conversacion y largarte, si todó te lo entrego de una vez.

Juan.—Vengan y prosigo; y ten entendido que, en parándome, es que necesitas untar la rueda, así, poco á poco; toma y daca, para que no haya disputas. Mira, en las manos está gran parte del secreto para saber ser rico. Si pudieras tolerar unos guantes, siempre de continuo, pero no muy chillones, y llevados con naturalidad, no con las manos tiesas, como protestando de tanta sujecion..... Luégo necesitas un baston que sea bonito, pero que no choque, y aprender á usarlo, ni apaleando á los perros, los transeuntes y los amigos, ni debajo del brazo, inerte, ocioso, como trásto de uniforme. Sigue luego el manejo del sombrero, ejercicio muy difícil para un principiante. Siempre encasqueta-

do, descubre lo rústico y grosero; siempre en la mano, lo mendigo y acostumbrado á la humillacion. Tampoco se consiente acariciarlo, peinarlo y atusarlo de continuo, lo que arguye recuerdo demasiado vivo del esfuerzo que costó el dedicar tanto dinero para adquirirlo. Piensa en seguida lo que has de hacer con las manos: no has de alargar la tuya á un mozo de café, ni recatarla de un señor de respeto..... Pero me voy cansando, y la rueda rechina si no la untan.

Gregorio.—Poco vale lo dicho; pero toma (y le entregó otros cinco).

Juanillo.—Ahora importa conozcas la diferencia que hay entre una taberna y un café, porque vas á pasar á señor de café, y preveo que en alguno pasarás la mayor parte del día. Lo primero es ganarte la voluntad de dos ó tres mozos—esto ya sabes cómo se consigue—que aprendan á llamarte Sr. D. Gregorio, y á traerte un periódico del día, y servirte un refresco ó cosa ya consabida, segun la hora, cosas que dan excelente tono. Tienes que leer mucho periódico y con grande atencion, procurando aprender y acostumbrarte á la cultura de su lenguaje, y principalmente á la de ciertas frases y locuciones..... Pero esto corresponde á la parte intelectual, que no ha podido entrar en nuestro ajuste.

Gregorio.—Pues que no entre: de todos modos ya estoy cansado de preceptos, y voy descubriendo que lo que gano en alguna comodidad, lo pierdo en esclavitud: nadie sabe lo que vale la libertad de un mendigo. ¿A quién tiene que guardar respetos? ¿ni para qué escoger postura, ni ademan, ni palabras, ni gesto; ni qué necesidad ni qué deseo contener ni disimular?—Para un pobre no hay más ley que poder ó no poder; lícito todo es; y tan á su modo vive, como si fuese invisible. Si repugna, se apartan y huyen, y él se queda riéndose, mofándose de las aversiones y repugnancias. Quiero decir que vas errado; nada útil me enseñas: yo quiero ser rico, pero con toda la libertad de pobre; en otro caso habría perdido en vez de ganar. Voy viendo, voy viendo.....

Juanillo.—No me asusto, así son todos á los principios; rechazan la sujecion, y por todas partes descubren su apego á la vida casi salvaje de la mendicidad. Luego van tomando el gusto

á la comodidad y el regalo, y no hay manjar bastante delicado, ni vino completamente á su gusto, ni abrigo, ni delicadeza que les satisfaga: quieren andar todo el camino del sibaritismo, por lo mismo que no hay escalon que no tenga novedad y atractivo. Mira, tú necesitabas un guia, una especie de ayo, siquiera el primer año; mira, solo vas á renegar de la riqueza, á desperdiciarla y á volverte á toda prisa á tu primer estado.

Gregorio.—Ese es otro negocio. Yo te he buscado para consejero, no ayo; y lo que veo es que, teniendo muy pocos consejos que dar, has exigido muchos reales por ellos, y ahora te encuentras atascado. Para ayo no me convienes: hueles á antiguo arbitrista y buscon, y por el padrino seria yo en todas partes despreciado. Tú que dices tantas cosas de la comodidad y de la decencia, ¿cuánto vá á que antes de tres días has vendido ó empeñado el vestido nuevo para jugar á las cartas ó al billar, y á que antes de cuatro eres tan *perdido* como cuando te llamé esta mañana?—Toma una onza y anda con Dios, que no has ganado más, ni me has enseñado cosa de provecho.

Trabáronse en esto de palabras sobre el tanto más cuanto, y no se sabe á dónde habrían llegado las cosas á no ser por la mediación del tabernero y despues la de un policía, que les aconsejó que se arreglaran y que no alborotaran.

Quinientos reales dió por fin Gregorio á Juanillo, el que salió y se separó muy amostazado y jurándoselas.—¿Tenia ya el tesoro de Gregorio un declarado enemigo? ¿Habia entrado ya polilla en el edificio de su grandeza?

CÓMO HARÁN LOS RICOS PARA PASAR LAS NOCHES.

Pero el tiempo corria, la tarde avanzaba, veníase la noche á más andar, y Gregorio, cargado con su tesoro, tenia que decidir cómo y á dónde habia de pasarla. Aunque mejores fueran sus relaciones actuales con Juanillo, hubiérase guardado muy bien de consultarle sobre tan delicada materia; y su costumbre de pernoctar en verano en un banco ó poyo cualquiera al descubierto, y en algun pajar, cuando mejor, en invierno, teniale muy poco preparado para resolver con algun acierto la dificultad. Entró en un café, tomó una taza de la negra civilizadora bebida, y, prévio el pago y una propineja al mozo, trabó con él conversacion para

venir á parar en preguntarle cuál sería el mejor medio de pasar la noche, pretextando ser forastero.—Rióse francamente el mozo al oírle, que al punto le reconoció por haberle visto en bien distinto traje muchas veces concurrir al portal de una fonda á recibir su ración miscelánea de sobras, con su correspondiente puchero.—Seais lo que querais, que á mí no me importa, le dijo el del blanco delantal; dos modos se presentan de conseguir vuestro deseo: tomar cuarto en un hotel, previo ajuste, aunque algo extrañarán la absoluta falta de equipaje, ó pedir cama en una de esas casas para sólo dormir, que tanto abundan en Madrid, y en las que el gasto no suele pasar de un real.—Nueva perplejidad. Decidióse por lo más digno, y llegada la noche se dirigió á un hotel.—Algo extraña pareció su catadura al encargado de admitir los huéspedes, que se propasó á pedirle algun documento que acreditase su identidad, y hasta adelantado el hospedaje de tres dias. Prestóse Gregorio á lo último, haciéndose el desentendido sobre lo demás; y sin más exámen quedó instalado en un cuartito del piso tercero, pobremente amueblado, pero con una cama para él regaladísima, y verdaderamente apetecible. Una vez solo, examinó todos los trastos, en busca de alguno que tuviese llave y seguridad para depositar su casi importuna carga: nada, todos los cajones de una vieja cómoda, único mueble que parecia ofrecer *comodidad* para el caso, estaban descerrajados; y lo que es peor, el cuarto mismo en forzosa comunicacion con otro contíguo, sin llave ni pestillo interior con que asegurar la apetecida independencia. Tentado estuvo de descender, perder el depósito y buscar más tranquilidad por las calles. Decidióse, por fin, á permanecer, por no llamar la atencion, y se fortificó poniendo delante de la puertecilla un lavamanos, y luego en hilera las cuatro pesadas encamisadas sillas, en que consistia todo su ajuar. Por fortuna, la puerta de comunicacion abríase para adentro, y no era posible forzar todos aquellos parapetos sin grande estrépito y escándalo. Tentaciones—¿quién lo duda?—tuvo de asomarse al cuarto contíguo, á investigar con qué países rayaba su mal guardada posesion; pero no sé qué rumor casi mudo le advirtió que tambien estaba habitado, y que mucho se exponia á presentarse como agresor, cuando solo trataba de fortificarse y defenderse. Decidido á recogerse, colocó el legajo de los billetes debajo de

un rollo que le servia de almohadon, y luego abrigándose; pero sin desnudarse, trató de recogerse á descansar.

Poco acostumbrada la cama al ejercicio, desde mucho tiempo atrás, reclamó rechinando desagradablemente, y los dislocados muelles del colchon recibieron el peso de aquel cuerpo con tal agitacion, que parecia empeñado lance de esgrima el ruido que hacian chocando unos con otros. Lo cual produjo una innegable acusacion de su presencia, privándole de recurrir al silencio y disimulo, si alguien trataba de inquietarle. — « Buenas noches, vecino » pronunció una voz no desconocida, en esto; á lo que contestó lacónica y no bien humoradamente Gregorio, « muy buenas, » creyendo y procurando dar por concluido el importuno diálogo. — Muy temprano es, « continuó el vecino, y como no sea V. viajero muy cansado, que no lo creo, bien podíamos comunicarnos y departir fumando un cigarrito juntos y en buena compañía. — « No me acomoda, quiero dormir, que á eso he venido aquí, » contestó Gregorio, más que desabridamente, habiendo para entonces conocido que no otro que Juanillo era quien le estaba dando tormento. — « Tonterías, replicó Juanillo, tengo tu secreto, y te he perséguído y he de perseguirte como amigo, ó como enemigo, segun quieras, pero yo he de participar de eso que llevas y que tanto reservas. » — Maldecia Gregorio el desgraciado momento en que en parte se confió con aquel hombre, procurando idear algun modo de evadirse.

A este fin, y tratando de acallar el rechinar de la cama y el entrechocar de los muelles, se levantó, recogió su envoltorio, y luego fingió que roncaba y hasta que soñaba, abriendo entretanto la puerta del cuarto, y deslizándose por los corredores hasta dar con la escalera principal, y bajar al zaguan, en donde estaba el despacho. Llegóse, pidió su depósito ó la parte que correspondiese, descontada su breve estancia; y tropezando con la dificultad de que para acceder á su peticion debia preceder un prolijo reconocimiento del cuarto, por si faltaba alguna ropa ó se habia causado algun desperfecto, se decidió á perder su dinero antes que consentir en verse de nuevo perséguído. Salió, pues, sigilosamente del hotel; pero con él salieron juntos el desengaño y casi la desesperacion: ¿De qué me sirve esta carga? decia, ¿á esto se reducirá el ser rico? Y no sabia adonde dirigirse, ni qué parti-

do tomar para pasar la noche. Discurriendo sobre cuál sería el punto ménos expuesto á la persecucion de su enemigo, se acordó del Refugio, aunque su traje bastaba para que le negasen allí asilo. Probó y fué rechazado. ¿Qué hacer?—Cuando mendigo, un soportal, los de la Plaza, el dintel de una puerta... Rico ya, era exponerse á perderlo todo. Vagaba, pues, falto de sueño; no har- to de alimento, y cargado de cuidados, para él hasta entonces desconocidos. Pretendió lecho en una de esas casas donde á tan bajo precio lo facilitan; pero al ver que eran otros cuatro los com- pañeros y en un recinto muy estrecho, retrocedió y volvió á en- contrarse en la calle. Una posada de la calle de Toledo fué por fin su asilo. Allí, en una estancia aunque casi repugnante, solo, por fin, y bien cerrado por dentro, consintió en poder dormir. Imposible, su imaginacion era un torbellino; qué hacer al siguiente dia, y qué vida emprender; dónde depositar con alguna seguridad su tesoro; cómo vivir sin verlo mermar cada hora; cómo reintegrar lo que á su millon le faltaba con el desperdicio de aquel dia. Y en vano trataba de serenarse y de dilatar para el siguiente la re- solution de todas esas dificultades; y sin poderse contener des- cubrió y desató el lio de los billetes, y se propuso contarlos, y veinte veces los contó y ninguna le salia la cuenta, unas veces le faltaban muchos (¡qué suplicio!); otras le sobraban algunos (¡qué sorpresa!); y temblaba combulso, y se sentía próximo á perder la razon, cabalmente cuando los tenia extendidos, y se retorcia las manos y se daba palmadas en la frente, y sin ser dueño de sí mismo sacó un fósforo, y ya lo iba á encender para destruir en un momento la causa de tantos tormentos... cuando llamaron á la puertecilla... ¿Quién sería?

Apresúrase á recoger todos aquellos papeles; algunos vola- ron, otros se refugiaron debajo de la mesa-banco de su celdilla, otros quedaron miserablemente arrugados y convertidos en bolit- as por su invencible impaciencia; hasta que tomó la determina- cion de apagar la luz y hacerse el dormido. «No seas tonto, mira que todo lo he visto,» decia una voz por desgracia harto conoci- da, la de Juanillo, y añadía: «Buenas carreras me has hecho dar, pero de sereno en sereno, preguntando, y calculando lo que yo haria si fuese que tú, he venido á dar contigo, y ahora sí que no te me escapas.»

EMPLÉASE POR FIN EL CAUDAL DE GREGORIO Y EL DE JUANILLO
TAMBIEN.

Considérese la desesperacion de Gregorio. Abrió la ventana á ver si era posible descolgarse; y aunque la encontró muy alta, preparaba su fuga, aprovechando la manta y toscas sábanas de la cama, cuando perdió el tino, falto de luz, no dando, á pesar de sus esfuerzos, con el envoltorio de sus billetes. Instaba entre tanto el otro porque le abriesen la puerta, y no habia otro remedio más que capitular. Encendió, pues, de nuevo la luz, y mal humorado, abrió, exclamando: «¿Qué persecucion es esta? ¿Qué te propones? ¿Qué quieres de mí?»—«Paz, union y compañía, respondió Juan con mucha sorna: de mí no te escapas, ya lo ves, y no he de parar hasta que repartamos eso que llevas.»—Más que en contestar, bien se conocia que pensaba Gregorio en evadirse; pero su contrario estaba muy alerta para impedirlo; y para demostrar su sosegada resolucion, pidió de cenar y vino, y púsose á despachar aquello, no sin invitar á su víctima á que le imitase, —porque, decia, para lo bueno y para lo malo denme tener siempre socorrido el estómago.» Duró mucho la sesion, no siendo fácil averiguar lo que pasó: ello es que antes de amanecer la escena habia cambiado; la luz agonizaba y espiraba por momentos; Gregorio estaba profundamente dormidó, descansando la cabeza sobre el borde de la mesilla; pero aquel sueño no parecia natural, sino letargo; y Juanillo habia desaparecido. A la mañana con muchos esfuerzos consiguieron los de la posada despertar á aquel hombre, aunque á medias; y sólo repararon que tanteaba y reconocia un gran bulto como de papeles que llevaba en el bolsillo del pecho, y que extrañando su tamaño y su forma, lo sacaba con precaucion; era un lío de *Gacetas* viejas, dobladas con cierta curiosidad, y atado con un cordelito. Verlo, comprenderlo Gregorio, y caer sobrecogido de fiero accidente epiléptico, fué una misma cosa; y se notaba que se esforzaba por pronunciar «¡mi millon! ¡mi millon!» Y pasaron horas, y cuando volvió en sí, habia perdido el juicio. A sus piés se encontraron caídos y estrujados seis billetes de á 4.000 rs., y el posadero avisó al juez, y tuvo la honradez de presentarlos, bien que eran muchos los

que estaban presentes cuando se encontraron. Trasladado al Hospital, y comprendiendo los médicos que aquella manía se presentaba como de muy poco probable curación, enviáronle al manicomio de Leganés á ver si convalecía de sus pocas horas de riqueza.

Ocho dias despues de la entrada de Gregorio, se presentó otro demente, que no cesaba de repetir en su manía términos de los corrientes en las mesas de juego: *Albur, gallo, entrés, ganarán...* Este fué destinado al patio de los pobres: era Juanillo, que á la cuenta habia abrasado al juego el suspirado millon. Su traje era... su traje era la desnudez; el vestido nuevo, mal vendido, habia servido para perder una suerte más... ¿Si se tropezarán los dos algun dia? ¡QUIÉN FUESE RICO!

F. C.

SECCION HISTÓRICA

PASEOS HISTÓRICO-ARTÍSTICO-LITERARIOS POR TOLEDO.

XII.

Poblacion en otro tiempo levítica, la que vamos á visitar por duodécima vez, conserva forzosamente multitud de iglesias parroquiales, de capillas y de conventos pertenecientes á ambos sexos, aunque notablemente aminorado en la actualidad, el número de unas y de otros, lo cual es debido, como fácilmente podrá comprender el juicioso observador, más á los funestos desastres que en pos de sí acarrean las revoluciones, que no á los crueles estragos del tiempo. Entre dichos edificios, como sucede en todas partes, los había de mayor ó menor importancia artística, y aun de ninguna, atendido, ora á la bizarría de sus fundadores, ora á la acertada y competente direccion del artífice, ya al gusto dominante en la época de su creacion, ó bien á otros diversos respectos. La antigua corte visigoda era, empero, y aún lo es hoy en dia, una de las localidades más capaces de ofrecer á los ojos del estudioso mayor número de templos notables por su regularidad y buena traza arquitectónica, junto con la suntuosidad y profusion con que la enriquecieron las demás bellas artes sus hermanas, sobre los destituidos de dichas recomendables cualidades; de cuya asercion nos saldrá garante la breve ojeada que vamos á tender sobre el particular.

Ya hemos dicho en otra ocasion que las seis parroquias muzárabes que hubo antiguamente en esta poblacion, han quedado reducidas en estos últimos tiempos á solas dos: Santa Justa y San Márcos. Fundada aquélla en el año de 554 por el rey godo Atanagildo, es la más antigua y autorizada de todas, en cuanto á su historia, si bien deploramos la desgracia de haber sido presa de las llamas, por una casualidad, su parte material á principios del siglo XVI, por lo que fué reedificada en 1537, de cuya obra solo se conservan tales cuales restos, especialmente una capilla, cuya bóveda está cruzada por aristas y adornada de florones góticos, y en la cual se tributa culto á un crucifijo de excelente escultura, que es el que abre la procesion del *Santo Entierro* en el Viernes Santo, que sale de este templo. Restaurado éste en el año de 1800, segun el gusto moderno greco-romano, conserva tambien de la fábrica del siglo XVI otra capilla dedicada á San Sebastian, no

careciendo, empero, de buenas pinturas, como lo acredita un lienzo que representa á dicho santo mártir, colocado en uno de los altares del crucero, el cual se atribuye al *Españoleto*, y otros dos que quedan del antiguo altar mayor, los cuales si no pertenecen á Tristan, honrarían á dicho maestro.

Fué debida la fundacion de San Márcos á una señora, descendiente de la sangre real de los godos, llamada Blesila, por los años de 630, en ocasion de empuñar el cetro Sisenando. Como quiera que de dicho templo no queda más que la torre y unos cuantos paredones, merced á los eminentes servicios prestados por las huestes francesas á nuestro país, al comenzarse este siglo, tornemos la vista al edificio que actualmente ocupa dicha parroquia muzárabe, el cual lo es el templo que perteneció á los Trinitarios calzados. Construido éste á principios del siglo xvii, es, por su arquitectura y desahogadas proporciones, uno de los edificios más grandiosos de la ciudad toledana; y áun cuando al llevarse á cabo la exclaustracion desaparecieron de este local los tres buenos cuadros que cita Ponz, debidos á Pareja, Pizarro y Lopez, todavía se conservan en la capilla del *Ave-Maria* los dos, excelentes lienzos de San Pedro y San Juan Bautista, que igualmente menciona aquel entendido escritor, y que con razon merecen llamar la atencion de los aficionados. Asimismo no es de despreciar el retablo del altar mayor, construido en 1789 por un artista nada vulgar, llamado Juan Manuel Manzano, en cuyo centro resalta un cuadro de grandes dimensiones, que representa á la Santísima Trinidad, obra hecha con bastante acierto por el profesor D. Antonio Esteve.

Trazado este sucinto relato de las dos parroquias muzárabes, que aún conserva Toledo, pasemos á inspeccionar, tambien brevemente, algo de lo mucho notable que encierran algunas de las parroquias latinas de esta ciudad; y al efecto comencemos por la de

San Andrés. Esta parroquia es sin duda una de las creadas por Alonso VI y el arzobispo D. Bernardo, cuando la reconquistó. En opinion de algunos historiadores fué en lo antiguo mezquita, fundándose para ello en algunas inscripciones arábigas que existían á principios del siglo xvi en el atrio de esta Iglesia, y que andando el tiempo desaparecieron. Lo que no admite duda es que al ser erigida en parroquia, ora la edificasen de nuevo, ora la restaurasen solamente, perteneció al gusto árabe, pues de ello certifican dos capillitas que aún subsisten inmediatas al crucero,

una en cada nave lateral, techadas con bóvedas de aquel género de arquitectura semejantes á las de la ermita del *Cristo de la Luz*, de que más adelante tendremos ocasion de hablar, y guarnecidas con labores de estuco por el mismo estilo; lo demás del cuerpo de la Iglesia, que consta de tres naves de regulares dimensiones, es muy moderno, acaso de fines del siglo pasado ó principios del actual, en que hubo de sufrir una reforma radical, y no presenta á la vista absolutamente nada que merezca llamar la atencion. Con todo, no debió de ser tan radical aquella reforma, cuando aún se conservan intactos para consuelo del arte, el crucero y la capilla mayor, que es obra aparte, cuyo estilo gótico recuerda á primera vista la capilla y el crucero de San Juan de los Reyes, si bien son aquí menores las proporciones, y no tan recargados los adornos, á pesar de la gallardía y magnificencia que ostenta (1).

San Juan Bautista. Fundada la casa profesa de los jesuitas de Toledo en el siglo XVIII, y el templo que le era anejo, bajo la advocacion de San Ildefonso, en atencion á haber vivido en dicho terreno, segun refiere una tradicion no interrumpida, los padres de dicho Santo Prelado, Estéban y Lucía, pasó aquélla á ser ocupada á mediados de este siglo por algunas dependencias del Estado, habiendo sido trasladada á su iglesia la parroquia de San Juan Bautista, hoy plaza de los Postes, cuando la extincion de la Compañía en tiempo de Carlos III. Grandioso es en verdad el templo que tenemos á la vista, tanto en su interior quanto en su exterior, si bien adoleciendo en cierto modo del poco recomendable gusto que en la esfera del arte inficionara á Churriguera y sus partidarios. De todos modos, nos parece muy superior bajo todos conceptos á la iglesia de San Isidro que tenían los jesuitas en Madrid; y no puede negarse que, despues de la de San Juan de los Reyes, es la más esbelta y capaz que encierra Toledo dentro de sus murallas.

(1) Contiguo á este edificio existe todavía la casa en que nació y vivió, hasta que fué robado por unos judíos, el niño Cristóbal, á quien veneramos hoy en nuestros altares con el título de *El Santo Niño de la Guardia* por haber hecho nuevamente con él aquellos desalmados verdugos en la Guardia, pueblo distante ocho leguas de Toledo, todas las crueldades que sus antecesores practicáran con el Salvador del mundo, hasta enclavarle por último en el leño de la Cruz.

Semejante rapto tuvo lugar el 15 de Agosto de 1490 á la puerta del claustro de la Catedral que da á la calle; en memoria de cuyo atentado pintó al fresco Bayeu en la parte claustral correspondiente á este sitio, algunas de las crueles escenas verificadas en la persona del tierno infante por los malvados descendientes del pueblo deicida.

San Justo y Pastor. De origen antiquísimo, reedificada en el siglo xiv por D. Gonzalo Ruiz de Toledo, conde de Orgaz, y levantada casi de nueva planta en 1733, sólo conserva de la época de su reedificación esta iglesia, unas cuantas capillas góticas existentes en el costado meridional, siendo dignas de llamar la atención del aficionado, la dedicada á la Virgen de la Esperanza, si nó bajo el aspecto artístico, pues nada de particular encierra en este género, al ménos bajo el histórico-literario, por contener los restos del célebre, cuanto poco conocido, malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla. No sucede otro tanto con la capilla inmediata consagrada á la Virgen del Pilar, y perteneciente á la familia de los Beizamas, pues son dignas de notarse cuatro tablas en que con valiente expresion, correcto dibujo y excelente colorido, se representa á San Jerónimo, San Acacio, San Juan Bautista y Santa Catalina, como igualmente el hermoso lienzo que, colocado sobre la verja que cierra esta capilla, figura al Salvador resucitado en ocasion de aparecerse á los discípulos en la granja de Emmaus, obra de Mateo Gilarte. Son objetos asimismo acreedores á llamar la atención del curioso observador un Crucifijo de talla, existente en la sacristía, que se cree haber pertenecido al Papa San Pio V, y un primoroso cáliz labrado en el siglo xvi.

Santa Leocadia. La más moderna de las tres iglesias que hubo en esta capital dedicadas á su Santa Patrona, es fama que ocupa el sitio mismo en que estuvo la casa paterna donde Leocadia nació y vivió, en cuya corroboracion se enseña todavía un subterráneo existente dentro del propio templo, al cual se asegura que bajaba la Santa á ejercitar toda suerte de penitencias sin ser vista de nadie. Hubo de pertenecer en su primitiva fábrica al género árabe, como lo testifica su torre, único objeto que se conservó al tiempo de su reedificación hecha á fines del siglo pasado por la reina Maria Luisa, esposa de Carlos IV. Es digno de verse el precioso viril ó custodia que para exponer al Santísimo Sacramento en las grandes festividades conserva esta iglesia, no sólo por lo recomendable de su mérito artístico, y de la exquisita pedrería que lo guarnece, sino por haber servido en el templo principal de Orán desde la conquista de aquella ciudad africana por el Cardenal Jiménez de Cisneros, hasta que al evacuar dicha plaza en 1792 vino á nuestro suelo junto con otras joyas que el Cardenal Lorenzana repartió entre las parroquias de su diócesis á proporcion de las necesidades de cada una. Dicha alha-

ja es conocida comunmente con el nombre de *El Sol de Orán*.

Santa María Magdalena. Es una de las parroquias más antiguas de Toledo, y su templo da todavía claras muestras de las diversas restauraciones que ha experimentado desde la época de la Reconquista hasta nuestros días, pues al conservar su torre árabe y un precioso trozo artesonado del mismo estilo dentro de la iglesia y en la nave lateral de la Epístola, ofrece á la vista la capilla mayor el carácter gótico, con un retablo churrigueresco, y el resto de la iglesia el greco-romano. Pocos objetos notables hallará el artista en este recinto, entre los que descuellan un lienzo que representa al Bautista, colocado en lo más alto del primer retablo que se encuentra en la nave del Evangelio; cuatro tablitas fijas en el zócalo del altar de San Blas, situado en la nave opuesta; y, por último, pendiente del muro derecho del crucero, el boceto del magnífico cuadro que para el altar mayor de la capilla de San José de esta ciudad pintó el Grego. En esta parroquia existe en la actualidad una hermandad ó cofradía, poseedora de un hermoso *lignum crucis*, la cual, con el título de la *Vera-Cruz*, es tradicion que fué fundada por el Cid Campeador.

San Martín. Erigida desde muy antiguo frente á la puerta del Cambron, y reedificada á fines del siglo xvi por los monjes del Escorial, á cuya comunidad se hallaba á la sazón aneja esta parroquia, así como anteriormente lo había estado al abad y cabildo de Santa Leocadia de la Vega, extramuros de esta ciudad, fué derribada há más de veinte años, y trasladada su parroquialidad á la iglesia de San Juan de los Reyes, de que hemos tratado en nuestro artículo anterior.

San Nicolás. De fundacion posterior á las parroquias que van enunciadas por riguroso orden alfabético, fué reedificada el siglo próximo pasado en el gusto á la sazón dominante, ó sea el greco-romano, sin ostentar en su fabricacion cosa que de notar sea. Si sobra algun tiempo al viajero, podrá ver en su recinto la pintura colosal que forma por sí sola el retablo del altar mayor, la cual representa al Santo titular apareciéndose glorioso á unos jóvenes que hay abajo en primer término, y es obra de D. Zacarías Velazquez, que ejercia su profesion en Madrid á fines del siglo pasado, con muy regular aceptacion. Con más gusto aún fijará la consideracion sobre dos lienzos que se hallan á diestra y siniestra del presbiterio, en los cuales representó Alonso del Arco á Santa María Magdalena en dos distintas épocas de su vida; bien así como sobre unas pinturitas que se hallan en el altar de Santa Bár-

bara, y no es de lo peor que salió de manos del Greco. En esta collacion vivió y murió el famoso escritor D. Agustín Moreto, en la calle del Refugio y en casa mandada hacer expresamente para él por el cardenal D. Baltasar Moscoso y Sandoval, habiendo fenecido sus días en Octubre de 1669, y siendo inhumado su cadáver en la capilla de la *Escuela de Cristo* que formaba parte de la antigua parroquia de San Juan Bautista, y que por ser de patronato particular no fué derribada juntamente con aquella, teniendo hoy su puerta de entrada en la ya mencionada plazuela de los Postes.

Santiago. De antiquísima fundación, ostenta casi toda ella, tanto al interior cuanto al exterior, el estilo árabe que la caracteriza. Tiene tres naves de capacidad bastante regular; conserva buenos retablos del género antiguo con relieves y tablas de no despreciable ejecución, descollando entre ellos el altar mayor por sus delicadas tallas y finas esculturas del siglo *xvi*; abunda en enterramientos de épocas bastante remotas, según lo indica el carácter de letra y la fecha de los epitafios, entre cuyas sepulturas son de notar la de Juan Alfonso Diosdado, comendador de la Orden de Santiago, el cual finó á 29 de Agosto de 1287; la de cierto criado de D. Sancho el Bravo, muerto en 1288, y otra de una tal Leocadia, que fué sepultada en el año de 1298. Ultimamente, guarda al lado del Evangelio, y frente á la cátedra que hoy se usa, el púlpito en que á fines del siglo *xiv* y principios del siguiente predicaba San Vicente Ferrer, en cuya memoria existe de continuo dentro del mismo una imágen de tamaño natural que representa al Santo con un Crucifijo en la mano en actitud de estar dirigiendo la palabra á los infieles para convertirlos.

Hasta aquí hemos hecho mencion de las nueve parroquias latinas que en el último arreglo han quedado como matrices. Pasemos á ver ligeramente ahora las que han sido reducidas á ayudas, auxiliares ó anejas de aquéllas, ó bien que se hallan cerradas, ó de todo punto arruinadas, observando el mismo orden de colocación que hemos guardado en las anteriores.

San Bartolomé. Cerrada para el culto público, á excepcion de tal cual día marcado del año, conserva poca cosa de su reedificación, verificada por el mismo título de Castilla que llevó á cabo la de San Justo, según manifestamos arriba, si nó es el ábside y parte de sus muros, que aún conservan por la cara exterior tres líneas ú órdenes de arquiteos sobrepuestos, al estilo de la arquitectura árabe, siendo los unos redondos, apuntados otros, y los

demás, de herradura. El resto de la fábrica es moderno, probablemente del siglo pasado, encerrando en su recinto las sepulturas de los afamados pintores Pedro de Orrente y el *Greco*.

San Cipriano. Fué reedificada en el año de 1613 por el Doctor D. Carlos Venero de Leyva, canónigo de Toledo y protonotario apostólico, cuyo retrato se conserva en la sacristía. Nada de notable ofrece á nuestro propósito este templo, pues si bien parece pertenecer á la buena escuela del siglo xvi la escultura del retablo del altar mayor, como quiera que todo el año se halla cubierto con un dosel y colgadura de seda, donde se da culto á la Virgen de la Esperanza sentada en un rico trono de plata, de ahí que se sustrae la contemplacion de aquella obra á los ojos del inteligente.

San Cristóbal. Convertida en almacén de maderas, sólo conserva sus muros al parecer algo ruinosos.

San Gines. Mezquita en su fundacion, y erigida en parroquia al tiempo de la reconquista, absolutamente nada existe de ella en la actualidad como no sea el arca que ocupó. Debajo de esta iglesia estaba la tan decantada *Cueva de Hércules*, cuya existencia y objeto han dado márgen á tantas fábulas y consejas, poniendo en tortura la imaginacion, siempre amiga de lo maravilloso, áun por parte de personas serias y reflexivas.

San Lorenzo. Renovada en época no lejana, tiene tres naves pequeñas, siendo tan mezquina la arquitectura de esta ayuda de parroquia de San Justo, que no presenta á la vista cosa digna de mencionar. Otro tanto sucede con la escultura de los retablos y demás objetos pertenecientes á dicho bello arte; siendo tan solo de notar una pintura en tabla, existente en una de las capillas de la nave de la Epístola, la cual, por las buenas cualidades que la adornan, bien puede figurar al lado de lo mejor que ha producido la escuela florentina en el siglo xvi.

San Miguel. De construcción árabe pura en su origen, como lo acreditan sus ricos artesonados y su elevadísima torre, en medio de los pegotes que restauraciones posteriores han respetado, es tradicion comun haber pertenecido esta iglesia á los templarios, fundándose para ello, á vueltas de otros argumentos, en una casa que aún conserva restos de antigua grandeza, contigua á esta parroquia, y que se cree haber sido hospedería de los caballeros; en el patio claustral que tiene la iglesia; y, por último, en presentar grabada de relieve una de las campanas de esta torre la cruz ó hábito del Temple. Merece visitarse esta iglesia por al-

gunas pinturas de mérito que posee, tanto en tabla cuanto en lienzo, como asimismo por un Crucifijo que hay en la sacristía, y un San Sebastian en la iglesia, ambos de escultura, notables por sus correctas proporciones é inspirada ejecucion.

San Roman. Levantada esta parroquia en el paraje más alto de Toledo, y discordes los autores en cuanto á su fundacion, lo cierto es que hubo de ser mezquita en su principio, pues no se explica de otra manera los enterramientos de moros que allí existen, y cuyas lápidas escritas en su lengua permanecieron hasta el año de 1572, en que por disposicion de la autoridad eclesiástica, y de acuerdo con el Rey, fueron quitadas de aquel lugar, una vez interpretado por personas competentes el sentido que contenian. Mucho tiene que admirar el artista dentro del recinto de este templo, pues su linda capilla mayor, perteneciente al estilo gótico florido, y la multitud de tablas y lienzos de notable mérito esparcidos por el ámbito de la iglesia, tienen de por fuerza que estimularlo á ello; pero no poco tiene que contemplar el historiador al recordar que la torre de este templo fué testigo de un importante suceso con motivo de la proclamacion de D. Alonso VIII, llamado el *Bueno* ó el *Noble*, suceso que vino á apagar las ardientes contiendas suscitadas entre los ambiciosos bandos capitaneados por los Laras y los Castros durante la minoría de aquel príncipe, y cuyo desenlace, en buen hora llevado á cabo para la tranquilidad general, fué debido al célebre D. Estéban de Illan, de quien ya tuvimos ocasion de hablar con motivo de su retrato á caballo, pintado en la Catedral frente al *Transparente*.

San Salvador. Es digno de visitarse este templo, por la preciosa capilla dedicada á *Santa Catalina* que se halla bajo el patronato de los condes de Cedillo, en la cual nada dejan que desear al inteligente las bellezas que como á porfia han amontonado en su seno la pintura, la escultura y la arquitectura del siglo xv, y en cuyos detalles sentimos no poder detenernos por impedirnoslo la índole de nuestras excursiones, que harto se van ya dilatando.

Santo Tomás, vulgarmente llamado *Santo Tomé*. Restaurada en el siglo xiv por D. Gonzalo Ruiz de Toledo, conde de Orgaz, como hemos visto anteriormente que lo hizo con San Justo y San Bartolomé, no conserva en la actualidad de su antigua fábrica más que la torre árabe y la bóveda gótica del presbiterio, sin que brinde con cosa alguna de particular á los ojos del curioso, como no sea el enterramiento milagroso del restaurador de este templo que pintó el Greco á los piés de la iglesia.

San Vicente. Completamente renovada en su arquitectura, á excepcion del ábside que pertenece al estilo árabe, en cuya época se fundó, no perderá, sin embargo, su tiempo el artista con visitarla, pues hallará en ella algunas pinturas debidas á los pinceles de Francisco Rici, de Simon Vicente y del Greco que no le disgustarán, bien así como unas cuantas más cuyos autores no han llegado á nuestro conocimiento.

Mucho terreno hemos andado hoy en tan corto tiempo, pues se trata de haber recorrido, aunque á la ligera, nada ménos que veintinueve edificios; por cuyo motivo creemos que nuestros lectores desearán tomar algun descanso hasta que se presente nueva ocasion.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



CRÓNICA Y VARIEDADES

MEDITACION EN EL CEMENTERIO.

Audivi vocem de coelo dicentem mihi:
«Beati mortui qui in Domino moriuntur.»
Oficio de difuntos.

Silenciosa mansion: postrer asilo
que la tierra concede á los mortales:
respira al fin mi corazon tranquilo
al pié de tus fatídicos umbrales.
Léjos aquí del engañoso mundo,
vengo á buscar la ciencia en tus arcanos;
es tu silencio lúgubre y profundo,
cátedra en donde aprenden los humanos.
Una voz sepulcral retumba en ella,
diciendo: «por el mundo que os hechiza
pasareis, como pasa la centella,
cuyo rastro es el humo y la ceniza.

Quiere á los siglos trasmitir el hombre
un recuerdo inmortal... ¡vana locura!
¡Oh! ¿De qué vale un póstumo renombre,
cuando no es la virtud quien le procura?

Vates, caudillos: levantad la frente;
levantadla y decid á los mundanos,
si el laurel que os ciñeron noblemente
impuso algun respeto á los gusanos.

Venid, venid aquí, materialistas,
adoradores del becerro de oro,
vereis en lo que paran las conquistas
del que busca en el mundo su tesoro.

Venid, bellas. venid, leccion severa,
bien podrá ser que vuestro orgullo abata;
vereis en la espantosa calavera
el porvenir hermoso que os retrata.

Venid, dominadores de la tierra,
venid tambien, seguidme á esta morada;
y ante los nombres que su muro encierra
temblareis recordando vuestra náda.

Aquí yacen por siempre oscurecidos
muchos que blasonaron de grandeza,
entre los varios huesos confundidos
¿dónde la plebe está... dó la nobleza?

Entre la dama y la mujer astrosa
¿qué diferencia estableció la tumba?
Un palmo de terreno y una losa,
que al empuje del tiempo se derrumba...

No hay rango ó distincion, y si acaso
marmórea tumba es del orgullo abrigo,
de podredumbre y corrupcion es vaso,
como la estrecha fosa del mendigo...

La gloria es viento y el poder mentira,
fango y miseria es el placer impuro.
¡Ay del que sueña y de ambicion delira,
que al despertar tropezará en tu muro!..

Aquí fenece los proyectos vanos,
se anonadan la fuerza y la hermosura,
el ódio y el amor huyen livianos
á confundirse con la sombra oscura.

Descubren desde aquí mis tristes ojos
de sendas un confuso laberinto:
unas con flores, otras con abrojos...
Todas vienen á dar á este recinto.

De todas el camino es harto breve
y aun le suele acortar el pasajero
que al ir en pos de alguna sombra leve,
traspasa de tus muros el lindero.

Al entrar deja sus postizas galas,
caen marchitas de su sien las flores,
y eres tú solo el que por siempre igualas
al mendigo infeliz con los señores.

Oh ¡cuántas veces en mi argullo vano
codiciaba un laurel para mi frente!
El oro codicié para mi mano,

para mi corazón el gozo ardiente.

¡Ilusiones! Entonces me cubriais
con áureo velo el porvenir oscuro
y placeres sin fin me prometiais
dándome lo imposible por seguro.

Ahora en cada tumba que contemplo
se alza una voz que dice: «Ven, profana,
Ya que osaste llegar, lleva un ejemplo,
lo que hoy miras aquí, serás mañana.»

Horrible idea con que siempre lúcho,
imágen que rechazo estremecida,
mi corazón oprimes... Mas ¡qué mucho,
si hasta el más infeliz ama la vida!

Aunque la hiel de los dolores beba,
no siempre, siempre su veneno apura;
también alguna vez el triste prueba
unas gotas de célica dulzura.

¡Triste cosa es morir! ¡Dejar la tierra!
Romper ¡ay! cada vínculo querido!
Y sentir que el espíritu se aterra
ante ese porvenir desconocido!

Ante ese porvenir impenetrable
á todo sér que piensa revelado,
eterno como Dios, inevitable
y que á los hombres comprender no es dado.

No: por más que su espíritu se encumbra,
á traspasar sus límites no llega,
ya vivísimo rayo le deslumbra,
ya pavorosa oscuridad le ciega...

Más ¡qué luz repentina el alma hiera?
Allí lo veo en la muralla escrito...
Es bienaventurado aquel que muere
si espera en el Señor. ¡Dogma bendito!

¡Consoladora fé! ¡Verdad sublime!
Creencia universal, tu voz retumba,
y el infeliz que prisionero gime,
te ve surgir triunfante de la tumba.

¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde?
Aquí en tu mismo alcázar esculpida
sentencia misteriosa me responde:
la muerte es el principio de la vida.

MICARLA DE SILVA.

Madrid 1.º de Noviembre:

LAS TRES VIRTUDES

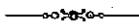
Hay una antorcha divina
que aun al hombre que no vé
alumbra, guía, ilumina...
¿Qué antorcha es *esta*?—*La Fé.*

En la noche más sombría
se vé un faro en lontananza
que sirve de norte y guía;
este faro es *la Esperanza.*

Para bien de los humanos,
hay un ente de bondad,
que á todos los hace hermanos;
¿y cuál es?—*La Caridad.*

De modo que en el sendero
que sigue la humanidad
son luz, norte y derrotero
Fé, Esperanza y Caridad.

A. RAMOS OLLER.



INAUGURACION DEL CURSO ACADÉMICO

DE LOS

ESTUDIOS CATOLICOS EN MADRID.

El día 15 del recién fenecido mes de Octubre, en que la Iglesia católica celebró la festividad dedicada á la ilustre española, santa Teresa de Jesus, fué el señalado en el año presente para la apertura de *Los Estudios Católicos* de Madrid. Concurrieron bastantes personas á tan interesante solemnidad, la cual tuvo verdadera importancia, así por su objeto, como por los dos discursos que nutrieron y cautivaron el ánimo de los oyentes.

Fué el primero debido al espíritu ilustrado y generoso del Sr. D. Manuel Perez Villamil, y era su asunto la necesidad y provecho de la enseñanza relativa á la *teoría é historia* de las *Bellas Artes*, de cuya materia se establece para este año académico una nueva cátedra en «Los Estudios Católicos,» bajo la direccion del mismo. A grande altura elevó sus conceptos en el bellísimo discurso que, con clara y enérgica entonacion, leyó al público; con grande acierto y oportunidad logró inspirar en todos la conviccion que rebosaba de sus palabras en favor de la urgente necesidad de traer de nuevo á España, y popularizar en ella, el gérmen de cultura y el espíritu de conservacion que consigo lleva el conocimiento de la parte filosófica, y de la histórica de las *Bellas Artes*, para reproducir en nuestra generacion el sentimiento de lo bello y el

amor y respeto al arte, que tanto ayudan á robustecer el sentido moral, con que se eleva el hombre, desde la ruindad de los instintos materiales, á la region de los goces del espíritu, que, purificados y sublimados por la religion, nos encaminan hácia Dios. Y esto es todavía más necesario y urgente en la patria de tantas catedrales, templos y monasterios, joyas del arte cristiano, que sufrieron horribles profanaciones y ruinas multiplicadas y dolorosísimas, debidas, ora á la ignorancia, ora al destructor espíritu de las revoluciones.

En otro discurso, profundo y elegante, encomió con grande elocuencia el señor rector de Los Estudios, D. Francisco de Asis Aguilar, la mision y el noble carácter de la enseñanza en general; y con rasgos felicísimos de original espontaneidad, y con lógico y agradable encadenamiento de comprobaciones históricas, demostró cuánto habian hecho por ella en el mundo la celestial doctrina de la religion cristiana, y la incesante y fecunda labor de la Iglesia católica, que la propaga y conserva.

A esto siguió la Memoria de la administracion y gobierno de Los Estudios, en que, con datos y números, analizados con delicado gracejo, poníase en claro la abnegacion y desinterés de los profesores, que lo sostenian á costa de su perseverante trabajo.

A la importancia intrínseca, por el objeto, por la ciencia y por la forma literaria, de esta inauguracion, que no ha tenido superior ni igual acaso en ninguna otra, de sus análogas de este año, ¿correspondió el local en que se verificaba y el concurso que la favorecia? No, decimos resueltamente. En uno y otro encontramos pequeñez y pobreza. Y si las ideas han de tener el culto que les corresponde para su vida y propagacion en las sociedades, y sobre todo (por lo que á nosotros concierne) en esta conturbada sociedad española, preciso es pararmientos en los medios exteriores con que se consigue el triunfo salvador de aquellas ideas que son fundamentales.

Mucho celebraremos que la Junta directiva de la *Asociacion de católicos* y los padres de familia encuentren la manera eficaz de auxiliarse en sus esfuerzos, y en sus morales intereses, que ciertamente son unos mismos.

El director, -

CARLOS MARÍA PERIER.

Nuevas conversiones al Catolicismo.— Varios periódicos acreditados anuncian como próximas nuevas conversiones al Catolicismo, entre ellas las de Mr. Harless, jefe de la Iglesia protestante, de lady Russell, madre de Mr. Odo Russell, y de este mismo diplomático inglés, y se indica tambien como probable la de la hija misma del príncipe Bismark.

Aun cuando no se cumplieran todos estos anuncios, no puede negarse que el Catolicismo, por efecto de la misma persecucion que sufre, hace importantes prosélitos en las clases ilustradas de la sociedad, y la Iglesia muestra como siempre su virtud fecunda de propagacion, á medida que más se la persigue y combate por una ciencia incompleta y pretenciosa, y una política sin profundidad ni elevacion de miras.

El P. Jacinto en Ginebra.—El Consistorio protestante de Ginebra ha negado recientemente al ex-carmelita P. Jacinto la petición que este había hecho para que le permitiera dar en el templo de la Magdalena una serie de conferencias públicas.

¡Qué diferencia, dice á este propósito un ilustrado diario de Madrid, entre el P. Jacinto atrayendo con su elocuencia en Nuestra Señora de París á todo lo más distinguido entre todas las clases educadas, y Mr. Jacinto Loyson, reducido á mendigar la entrada en salas particulares, para hacer oír su desautorizada palabra! ¡Qué caída tan inmensa y tan merecida!

Introducción al estudio del derecho y principios del derecho natural.—Acaba de dar á luz el Sr. D. Juan Manuel Ortí y Lara otra obra de sumo interés y oportunidad, así para los estudios de la juventud como para el sostenimiento y desarrollo de las rectas ideas en la esfera de la filosofía, en la cual hoy se agitan errores tan abundantes y contradictorios. La transcendencia directa que tienen los principios del derecho en la vida de la sociedad no hay para qué encarecerla á nuestros lectores. Les recomendamos la nueva obra del Sr. Ortí y Lara.

El refranero general español.—El Sr. D. José María Sbarbi acaba de publicar el primer tomo de la importante obra nombrada, con la cual viene á hacer un servicio señalado á las letras españolas. Otro día nos ocuparemos en su contenido; pero llamamos desde hoy la atención de nuestros lectores sobre el anuncio que verán en el lugar correspondiente.

SUSCRICION Á FAVOR DE LAS MISIONES CATÓLICAS.

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, por una vez.	100 reales.
D. Carlos M. Perier, id.	20
D. Manuel Camacho, id.	20
D. José Camacho, id.	10
D. Eulalio Ortega, id.	4
D.ª Venancia Marin de Perier id.	20
Juan Rodríguez y Guirado.	2
Agueda Sanchez Aguilar.	2
Josefa Fajardo y Ruiz.	2

LA HOJA POPULAR. Con este número de la Revista se publica el 26.º de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis también, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicación. Así se ven confirmados constantemente los ofrecimientos de «La Defensa de la Sociedad».